

LA NACIÓN COMO DESTINO:



**apuntes teórico-contextuales
para enfrentar, sin histeria, la
COLONIZACIÓN CULTURAL**

LA NACIÓN COMO DESTINO:



**apuntes teórico-contextuales
para enfrentar, sin histeria, la
COLONIZACIÓN CULTURAL**

Colectivo de Autores

Compilación

Doris Teresa Madruga Torres, Idalmis Osiris Pérez Cabeza
y Judiel Reyes Aguilar

© Isabel Reina, Manuel Martínez Casanova, Fabio E. Fernández Batista, Marlene Vázquez Pérez, Luis Toledo Sande, Yasel Toledo Garnache, Mauricio Escuela, Enrique Ubieita Gómez, Maibelín Carrasco Pérez, Doris Teresa Madruga Torres, Héctor González Pérez, 2024

© Sobre la presente edición:
Editorial Feijóo, 2024



Atribución-NoComercial-SinDerivadas CC BY-NC-ND

Edición y corrección: Miriam Artiles Castro
Diseño y diagramación: Marvelys Marrero Fleites
ISBN: 978-959-312-616-8



Editorial Samuel Feijóo, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas
Enero 2024
Centro Provincial de Superación para la Cultura
«Ángel Román González Borrell» de Villa Clara



42203212



supervc@cenit.cult.cu



novedadessupervc.blogspot.com



facebook.com/superacionvc/



twitter.com/SuperacionVc

Índice

Apuntes iniciales. La colonización cultural: cuando la diversidad es aplastada.....	5
Descolonización cultural y política social en Cuba.....	7
La nación como destino: apuntes teórico-contextuales para enfrentar, sin histeria, la colonización cultural.....	12
Leer a José Martí en clave descolonizadora, una urgencia del presente.....	22
¿Cosmopolitismo o huellas de colonización?.....	28
Colonización y cultura: un fenómeno con varias caras.....	33
3Halloween o el <i>happy end</i> del oprimido.....	38
¿Qué significa que haya un nazi en el Halloween cubano?.....	44
La ineludible responsabilidad de los intelectuales.....	47
Una mirada descolonizadora al análisis sociológico de las instituciones culturales.....	50
De los autores.....	59

Apuntes iniciales

La colonización cultural: cuando la diversidad es aplastada

AUTORA: ISABEL REINA

Con frecuencia escuchamos el término colonización cultural y solemos relacionarlo rápidamente con Internet, plataformas digitales, medios de comunicación como la televisión y el cine...

Pero este no es un fenómeno inherente a nuestra época, la verdad es que existe desde hace mucho como forma efectiva de dominación, de la mano de los métodos militares y económicos.

Los colonialistas siempre han pretendido imponer sus ideologías, religiones, modos de vida. Basta con analizar la conquista del continente americano, los españoles, junto a la explotación de los indígenas, imponían sus formas de organización sociales, creencias y lenguaje.

Este fenómeno se produce cuando una cultura dominante impone sus valores, prácticas y creencias a otras culturas. La globalización y la influencia de los medios de comunicación y la tecnología es trascendental para lograr la hegemonía cultural.

Tiene una estrecha relación con el concepto de globalización cultural que no es más que la homogenización a nivel mundial de expresiones artísticas, valores y tradiciones. Significa que las personas en todo el mundo adoptan costumbres similares como resultado de la difusión de información y del intercambio comercial.

Es interesante analizar el planteamiento del escritor y pedagogo argentino Gregorio German, quien expresó, «se clasificó la geografía planetaria de modo que el norte está arriba y el sur abajo, en un mundo que es redondo y, como se sabe, lo que está arriba tiene supremacía. Se configuró también un orden simbólico que establece la existencia del Primero, el Segundo y el Tercer Mundo».

La globalización parece ingenua, viene disfrazada de modernismo y ahí está la trampa, expresó el intelectual Abel Prieto en su intervención en el II Congreso Internacional Ciencia y Educación.

Los ejes de poder imponen modelos, paradigmas y estilos de vida en un intento por borrar la historia de las naciones.

Un ejemplo de colonización cultural es la imposición de la cultura estadounidense en otros países. A través de los medios de comunicación y la tecnología, la cultura estadounidense se ha vuelto omnipresente en todo el mundo.

Otro ejemplo de colonización cultural es la imposición de estereotipos culturales.

En muchos países son utilizados para justificar la discriminación y la opresión de ciertos grupos étnicos. Por ejemplo, en algunos países occidentales los musulmanes son tildados de terroristas, contribuyendo a la islamofobia.

Por otra parte, la colonización cultural también puede impactar negativamente en las culturas dominantes que al adoptar prácticas y valores de otras culturas sin entender su contexto y significado pueden perder su propia identidad y cultura única.

Es importante proteger y preservar la diversidad cultural, sobre todo la de minorías étnicas. Los medios de comunicación deben estar conscientes de su impacto en la identidad nacional y trabajar para fomentar la diversidad y la inclusión en lugar de la homogeneización cultural.

Tomado del sitio web razonesdecuba.cu

1 de junio de 2023

Descolonización cultural y política social en Cuba*

AUTOR: MANUEL MARTÍNEZ CASANOVA

Hablar de Programa de descolonización en Cuba y de la importancia de atender este desde la institucionalidad cultural, en medio de considerables dificultades, en un proyecto de país concebido «con todos y para el bien de todos», parece algo simple, pero de ninguna manera lo es.

Si añadimos que la historia de nuestra nación es una historia vinculada intensamente, desde un principio, a la necesidad de descolonizarnos, dejando de ser colonia española y proclamándonos como país «libre e independiente», mucho más tarde que la mayor parte de los territorios coloniales de Hispanoamérica en el siglo XIX, pero asumiéndolo con gran intensidad, compromiso y con una proyección político-social progresiva superior a otros procesos similares anteriores, y que solo medio siglo después logramos lo que asumimos como nuestra total y definitiva independencia, podría seguir haciéndonos pensar que todo nos resultaría menos complejo en comparación con cualquier otro país.

Pero de ninguna manera resulta así, pues, lograr descolonizarnos implica ir mucho más allá del proceso político-administrativo que rompió nuestros vínculos de dependencia total con España o con cualquier otra potencia colonizadora de ayer o de hoy.

Aunque logramos superar aquella forma colonial de dominación desde principios del siglo XX, en realidad no logramos ser libres, a pesar de acompañar nuestras gestas por la independencia estuvieron vinculadas, con una templanza considerable, a lo más avanzado del pensamiento sociopolítico de la época en nuestro continente, y, por eso, aquellas ideas y proyecciones políticas frustradas de la lucha anticolonial se convirtieron en pivote y referentes para desencadenar las acciones que nos condujeran a un segundo momento de la descolonización; en este caso para dejar de ser la neocolonia yanqui en que la mediación del vecino imperial del norte nos había convertido en 1902.

Fue largo y difícil el camino, pero logramos el triunfo revolucionario de enero de 1959 que marcaba el principio del fin de esa neocolonización. Desde entonces no hemos cesado de enfrentar una continuada intención de devolvernos a la situación neocolonial de antaño, esta vez usando formas y mecanismos cargados de violencia, intensamente crueles y sin parangón en la historia de nuestro planeta.

Es precisamente en esta resistencia a las acciones de quienes pretenden mantenernos sometidos a toda costa, que se nos hace evidente la necesidad de abordar

* Presentación del Programa Nacional «Sembrar ideas, sembrar conciencia», que se propone enfrentar la colonización cultural.

la lucha contra la colonización en un tercer momento de nuestro enfrentamiento a todo lo que impide nuestra voluntad genuina por la independencia integral y total de nuestro país, y satisfacer nuestra necesidad de ser decisores incuestionables del camino a seguir en la construcción de nuestro futuro, y en el derecho a decidir qué tipo de sociedad queremos para nosotros y las generaciones venideras.

Se trata entonces, no solo de defendernos de los enemigos que nos quieren imponer su voluntad y de enfrentar situaciones que obstaculizan ese camino, sino también de liberarnos de ataduras silenciosas y escondidas en representaciones, criterios, puntos de vista y pretendidos valores que, lejos de garantizar nuestro triunfo nos obstaculizan lograrlo.

La reflexión crítica nos permitió hacernos conscientes de ello y estar en condiciones de proponernos no solo esclarecer qué y quiénes son los factores y condiciones externos que nos impiden cumplir nuestros objetivos, sino descubrir cuáles son los que desde dentro también lo limitan, incluso en nuestra espiritualidad y vida cotidianas; buscar dentro de nosotros mismos, de nuestra conciencia, de nuestras maneras de ver el mundo o de considerar los acontecimientos y lograr con efectividad las acciones coherentes con nuestra voluntad de ser y de hacer lo que nos hemos propuesto y con ello poder crear las condiciones para enfrentarlos.

Se trata en este aspecto de la lucha contra otro tipo de colonización, la cultural, la que nos lentifica, la que nos frena, la que no pocas veces nos divide, nos impide avanzar o hacerlo con la fuerza, la coherencia y la unidad que debemos lograr e incluso hace que algunos pierdan el camino y asuman actitudes y compromisos sociales que nada tienen que ver con nuestra libertad como país y nuestros intereses genuinos como pueblo.

La cultura es ahora, siempre lo ha sido, lo más importante, el complejo campo de batalla contra los que pretenden vencer nuestra reivindicación de la libertad y nuestra voluntad de lograrla.

Es cierto que esta lucha hoy no se aplica exclusivamente a nuestro pueblo. El imperio y sus aliados no quieren perder su hegemonía mundial en un mundo globalizado a su imagen y semejanza, y por ello han venido urdiendo y transformando dicha globalización, que ha dejado de ser solamente expresión de su hegemonía económica, política y universal, para convertirse en una forma de globalización cultural que pretende dar sentido a todo usando como referentes los valores, representaciones, signos y cualquier otro tipo de argumento que se corresponda con su razón imperial de ser y con ello garantizar su continuidad en la hegemonía mundial que hoy ha comenzado a tambalearse. Se trata, como lo denominara ese magnífico intelectual latinoamericano que es Frei Betto, de una verdadera «globocolonización».

Hoy todo el planeta está sometido a la influencia de la industria cultural hegemónica, que fermenta las identidades nacionales para corromperlas e impone

patrones de vida basados en la exaltación del capitalismo, el individualismo, el consumismo, la indiferencia de los acontecimientos infames que nos rodean cotidianamente y convertirnos en cómplices no solo de nuestra colonización, sino de llevarnos a todos, como suicidas absurdos, a un fin apocalíptico que no solo destruya la humanidad sino todo el planeta.

Pero la lucha es muy difícil, hay que librarla en todos los campos de batalla, y en nuestro caso se desarrolla en condiciones muy complejas, con acciones y estrategias de destrucción muy bien pensadas y financiadas por nuestros enemigos de fuera y ejecutadas y sostenidas por sus aliados de dentro, que aprovechan esas actitudes y concepciones sesgadas, la debilidad que nos producen esos pretendidos valores y la ceguera que tales puntos de vista distorsionantes generan y que se nos han impuesto siempre, que se pretende consolidar en nosotros mismos y por ello hacernos cómplices de nuestra propia colonización e incluso la desaparición de todo lo que dignifica ser hoy cubanos en esencia.

Es una verdadera guerra, cuyas armas tienen que ser también culturales, y que pudiéramos identificar especialmente con la formación y uso de un pensamiento crítico en torno a los discursos hegemónicos que manipulan opiniones y emociones, provocan amnesia cultural e histórica, distorsionan y borran la memoria colectiva de nuestros pueblos y promueven el complejo de inferioridad típico del colonizado ante la cultura «superior» enajenante de las metrópolis o de los caldos de mala calidad que han inventado expresamente para nosotros.

En esta guerra que se nos hace se usan todas las fuerzas, considerables en número y efectividad, de que disponen los colonizadores. Podríamos, a manera de ejemplo, mencionar algunas.

La industria hegemónica del entretenimiento, entramado fascinante diseñado desde sus inicios para fascinar las mentes y satisfacer nuestras inconformidades y limitaciones, devalúa las esencias autóctonas y genuinas de las culturas locales, regionales y nacionales y vacía de sentido conceptos como patria, pueblo y nación.

En este contexto son los medios de comunicación, también globalizados, disponibles bajo la lógica del *show enajenante*; los que estimulan y promueven los mecanismos distorsionantes de nuestras espiritualidades, creando formas edulcoradas de incidir y conducir los procesos de nuestra formación de recursos espirituales para la vida en sociedad. Este es, por ejemplo, en el contexto en que se nos presenta y actúa, y también se financia, la figura del *influencer*, un sujeto aparentemente desideologizado, con un considerable poder de atracción sobre grupos poblacionales diversos, y en particular sobre los jóvenes, que, como nuevo flautista de Hamelin, conduce a miles y millones de personas por el camino a la muerte espiritual de la enajenación neoliberal.

Esta lucha por defender la cultura, lo primero que hay que salvar, no es nueva, ni tampoco la guerra que se nos hace, donde «trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra» (Martí, 1975).

Ya en el marco del VI Congreso de la Uneac, en 1998, Fidel dedicó su discurso a la globalización cultural. Dijo que era «el más importante de todos los temas, la más grande amenaza a la cultura, no solo a la nuestra, sino a la del mundo». Insistió en que teníamos que defendernos ante el «más poderoso instrumento de dominación del imperialismo» y concluyó que «aquí todo se juega: identidad nacional, patria, justicia social, Revolución, todo se juega» (Castro, 1998).

Es por ello que no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Tenemos que convocar, movilizar y propiciar la participación activa de todos. Especial significación tiene en esta lucha la presencia protagónica de los creadores comprometidos con la Revolución, a través de la Uneac, la Asociación Hermanos Saíz y los Institutos y Consejos del Mincult.

Se trata de propiciar un movimiento concientizador y convocante con y desde las instituciones culturales, los instructores de arte, promotores, artistas y escritores que conducen proyectos comunitarios, los artistas aficionados y demás líderes de la comunidad, para impulsar acciones de programación y recreación a partir de nuestras tradiciones y de experiencias culturales auténticas, no miméticas.

La actuación concertada de estas fuerzas a todos los niveles, propiciando además el debate sistemático sobre estos temas, evitará distorsiones de la política cultural y retrocesos inconscientes hacia posiciones colonizadas, presentes ya en algunos casos lamentables.

Por supuesto que nuestra defensa de la cultura nacional y del patrimonio universal no puede limitarse al arte y la literatura. Debe abarcar el ámbito de la educación, las ciencias y las humanidades, de la intelectualidad en su sentido más amplio. Recordemos que Fidel subrayó muchas veces la necesidad de favorecer la creación en el seno de nuestro pueblo de seres humanos cultos y libres, capaces de protagonizar cada una de las batallas en que individual o colectivamente sea necesario pelear, dispuestos y preparados para sortear las trampas de la manipulación, y eso solo se logra definitivamente mediante una «cultura general integral», y al mismo tiempo «masiva», que nos permita asumir que la victoria que pretendemos sea «con todos y para el bien de todos».

No puede hacerse esto sin estas exigencias y utilizando sin dilación todos los recursos a nuestro alcance, dotándolos de toda la fuerza y capacidad que puedan tener individual y colectivamente.

Se trata de convertir de una vez y con efectividad a la escuela, como dijera Armando Hart, en la institución cultural más importante de la comunidad. La educación se convierte en el recurso más decisivo y efectivo en la lucha contra los patrones coloniales que se nos tratan de imponer en el campo de la cultura.

Se hace necesario además lograr la transformación y superación de no pocos seudovalores que nos plantaron y que nos debilitan y dividen, como los criterios de superioridad o inferioridad de unos con respecto a otros por razones tan poco

importantes como el color de la piel, el sexo o la preferencia sexual, la procedencia o cualquier otra diferencia formal, cualquiera que esta sea, los cuales estarían negando la igualdad general de los seres humanos, y que la esencia de las personas se mide no por lo que aparenten, sino por cómo actúen y se comporten en la vida social.

Tendremos también que crear los nuevos valores que nos conviertan en protagonistas aptos para la construcción de la nueva sociedad que necesitamos y deseamos. Recordar las ideas que al respecto tenía el Che cuando nos hablaba de formar al «hombre nuevo».

En todo ello hay que darle el valor que tiene el necesario fortalecimiento y la conformación de mejores maneras de hacer y actuar en la enseñanza, la divulgación y la investigación de la Historia, como fuente de aprendizaje de los referentes indispensables que nos hacen crecer como seres humanos y para enfrentar las debilidades y rectificar los errores que hemos acumulado como protagonistas de la historia que estamos construyendo.

Para ello tenemos que tomar conciencia de la importancia de no soslayar esta guerra que se nos hace también en el ámbito de las redes sociales, donde la lucha toma matices y formas más intensas y cruentas, más despiadadas, pero también más sutiles y efectivas. No por gusto algunos especialistas proponen hablar de que con ello se nos impone a gran escala un «colonialismo 2.0».

Especial recurso en esta guerra lo es el estudio, la difusión y el aprovechamiento a fondo de la vasta obra de ese arsenal de valores éticos y culturales que representa el pensamiento de las figuras más relevantes de nuestra historia patria y mundial. Como lo es la obra y pensamiento de Martí y de Fidel, la del Che, y también la de Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Roberto Fernández Retamar, por solo mencionar los más significativos, todos imprescindibles en el pensamiento cubano de la descolonización.

Deben tenerse en cuenta, además, los conceptos y acciones que se vienen desarrollando desde otros programas nacionales como los del Adelanto de la Mujer, el Programa Nacional contra el Racismo y la Discriminación Racial, y de la Estrategia Integral de Prevención y Atención a la Violencia de Género y en el Escenario Familiar.

Así surge la necesidad de la conformación del Programa Nacional «Sembrar ideas, sembrar conciencia», que se propone enfrentar la colonización cultural, donde todos y cada uno de nosotros puede y debe encontrar su sitio y su forma efectiva, más de una si fuera posible, de librar las batallas que tendremos que echar y ganar.

Referencias bibliográficas

Castro, Fidel: Discurso de clausura VI Congreso de la Uneac, 1998.

Martí, José: Nuestra América, *Obras completas*, tomo 6, p. 15.

La nación como destino: apuntes teórico-contextuales para enfrentar, sin histeria, la colonización cultural

AUTOR: FABIO E. FERNÁNDEZ BATISTA

I

Con total justicia ha cobrado centralidad dentro de los debates acerca de la actualidad cubana el tema de la colonización cultural. Sistemáticamente emergen llamados de alerta acerca de un proceso que tiene la potencialidad de desustanciarnos como nación. En un contexto de asimétrica globalización y de agresión permanente por parte de la principal potencia mundial, la cultura se erige como campo de batalla.

Sin negar la pertinencia de asumir el combate que se nos plantea, toca reconocer que en muchas oportunidades se enfrenta este reto a partir de esquemas teóricos bastantes limitados, que configuran una praxis incapaz de asumir la flexibilidad necesaria para obtener resultados exitosos. Solo desde una visión coherente del fenómeno podrán trazarse líneas de acción eficientes.

En primer término, toca desterrar la idea de la cultura como sinónimo de lo artístico-literario y lo folclórico. La cultura es el modo de vida de una sociedad, su materialización plena en todos los aspectos de la existencia. Cualquier fenómeno social resulta un hecho cultural y ello debe conducir siempre a impulsar políticas holísticas poseedoras de una concepción sistémica.

Asimismo, constituye una equivocación mayúscula identificar a la cultura como un ente fijo, estático, inmutable. Todo lo contrario, ella es movimiento, cambio, transformación. De nada sirve refugiarse en la proyección que construye la supuesta existencia de un pasado que ha de rescatarse. Tal visión denota una actitud conservadora de raíz antidialéctica. Las prácticas culturales son hijas de una evolución histórica dada y en el decurso de esta puede configurarse un escenario que las lleve a desaparecer, lo cual no debería constituir un trauma, pues estamos aquí ante procesos absolutamente coherentes con la permanente mutación que viven las sociedades. No vale la pena desgastarse en el esfuerzo vano de que los jóvenes cubanos de hoy bailen danzón y usen guayaberas como sus tatarabuelos.

De igual forma, destaca por infecunda la vocación que lleva a definir que el gusto personal o el de algún colectivo es el patrón para medir lo culturalmente válido. Es esta una visión elitista que parte de resortes verticales ajenos a la lógica democratizadora que es propia de una comprensión horizontal de la

cultura, en la cual una voz no tiene más valor que otra. Desde el esquema de los prejuicios no se pueden construir políticas realmente inclusivas.

En sintonía con lo anterior, conviene desterrar la siempre perniciosa tentación de censurar, de ejercer el poder que se detenta para prohibir. Más allá de que en la contemporaneidad resulta cada vez más difícil evitar el ejercicio y consumo de alguna práctica cultural, lo realmente importante está en reconocer lo negativo del enfoque que pretende cancelar lo que se asume —casi siempre desde el no entendimiento— como nocivo.

Nada de lo dicho niega que la batalla cultural sea campal y que los poderes fácticos que gobiernan el mundo busquen vencer en el terreno de las mentalidades, los imaginarios y los modos de vida. Las políticas para dominar desde la cultura están trazadas y de su éxito hay ejemplos palpables; mas no se puede vencer en este enfrentamiento parapetados en esquemas planos a los que se pretende anclar la realidad. A su vez, es poco útil vivir presos de la paranoia que ve detrás de todo una conspiración, así como no entender que fenómenos como el de la hegemonía descansan en soportes objetivos que nacen de la configuración puntual que asumen las relaciones sociales en el marco del modo de producción capitalista dominante a nivel mundial.

Junto a la necesaria formación teórica, pensar el tema de la colonización cultural y su impacto en Cuba requiere examinar nuestra historia; estudiar concienzudamente el proceso de formación nacional desarrollado en la mayor de las Antillas. Con tal perspectiva podrá entenderse la condición esencialmente mestiza de lo que somos, la capacidad de este pueblo para metabolizar las influencias foráneas, y la universalidad de lo autóctono que nos caracteriza.

II

La historia de Cuba está marcada por el proceso de surgimiento, estructuración y desarrollo de la nación que encontró asiento en este archipiélago del Mar Caribe. Como pueblo, somos hijos del mestizaje etno-cultural que se materializó a partir de la conquista y colonización. La irrupción europea en la mayor de las Antillas a inicios del siglo xvi implicó un choque descomunal para las comunidades aborígenes que la habitaron durante siglos. La violencia desencadenada por la ocupación ibérica, las condiciones de explotación generadas por esta, las nuevas enfermedades que arribaron junto a la espada y la cruz y el suicidio como vía de escape frente a una situación opresora llevaron a mínimos demográficos a los grupos indocubanos; los cuales también vieron diluida su identidad a través de la fusión con los representantes del nuevo etnos dominante. Si bien no puede hablarse de la extinción absoluta de los aborígenes cubanos, resulta innegable que el peso poblacional y cultural de estos disminuyó de forma notable.

El peligro de desdoblamiento que amenazaba a la colonia a partir de la tercera década de su existencia propició la búsqueda por parte de la Corona, sus representantes y los pobladores españoles de la Gran Antilla de fuentes alternativas para el abasto de fuerza de trabajo. Tal realidad impulsó el gradual traslado hacia la Isla de esclavos procedentes de África. Marcado por una importante diversidad cultural, el universo africano irrumpió —con sus cantos y sus dioses— en el contexto cubano y se convirtió en el otro gran torrente que dio vida a la singularidad de la comunidad humana gestada en esta tierra. Su presencia potenció, asimismo, el afianzamiento del mestizaje como proceso central de nuestra historia.

Para mediados del siglo XVI se manifestó la progresiva estructuración de la denominada sociedad criolla, cuerpo social mestizo hijo de los componentes etno-culturales que convergieron en el archipiélago. Vale subrayar que este proceso de fusión rebasó los márgenes de la interacción física y que su esencia estribó en el nacimiento paulatino de una nueva cultura que ya no era identificable en plenitud con ninguno de los precedentes que le dieron vida. Lo criollo nació como un mundo otro y singular que sirvió de base a la conformación de la cubanidad. Rasgos idiosincráticos propios, giros lingüísticos particulares, prácticas religiosas de vocación sincrética, un acusado sentido de identificación con la tierra en la que se ha nacido y la tendencia a la rebeldía constituyeron los pilares de este complejo entramado de relaciones sociales.

El mundo criollo estuvo marcado también por la conformación de una estructura clasista-estamental que dividía a los grupos sociales no solo a partir de su posición frente a los medios de producción, sino también por el color de la piel de los individuos. A su vez, se estructuró en torno a dos contradicciones decisivas: la inherente a la relación colonial que suponía la existencia de un poder foráneo dominante y la derivada de una sociedad en la que la esclavitud constituía institución fundamental. Los conflictos con la Corona y sus funcionarios —visibles de manera muy clara en la práctica del contrabando blanqueada por Silvestre de Balboa en su célebre *Espejo de Paciencia*— y las tensiones entre amos y esclavos resultaban parte de la cotidianidad criolla. A esto se sumaron las relaciones no demasiado armónicas entre los principales núcleos poblacionales de la Isla, las cuales derivaban de los desiguales niveles de desarrollo generados por las vías de inserción de estos dentro del entramado imperial español y del sentido de patria chica que materializaba en una especie de egoísmo local que tendía a limitar los niveles de identificación con la comarca vecina. El histórico choque entre la privilegiada Habana y la preterida Tierra Adentro es un ejemplo notable de esta cuestión.

Cabe anotar que la evolución de la comunidad asentada en la Isla se movió en paralelo a la conversión de la colonia en periferia del naciente siste-

ma-mundo capitalista. Las exportaciones de cuero y la posterior expansión de la producción tabacalera y azucarera vincularon a Cuba con los flujos comerciales internacionales, siempre desde una posición de dependencia en relación con las naciones que constituían el núcleo central dentro de la lógica de circulación del capital.

En siglo XVIII vivió su madurez el universo criollo, justo en un contexto caracterizado por el afianzamiento de las estructuras sociales conformadas durante las dos centurias precedentes, la aplicación en la Isla de las reformas modernizadoras impulsadas por la dinastía borbónica, la agudización de las contradicciones entre los habitantes de la colonia y el poder metropolitano, el arraigo en la mayor de las Antillas de las concepciones ilustradas y el arranque de los primeros compases de la plantación esclavista como nuevo espacio socioeconómico. Precisamente fue el auge de la plantación el nexo fundamental que conectó al siglo XVIII con el siguiente, todo ello en el marco de un proceso que implicó cambios en la composición demográfica y cultural de Cuba debido a la entrada masiva de esclavos africanos.

La centuria decimonónica resultó definitoria para el proceso de formación nacional en la Isla. La crisis del Antiguo Régimen en España, el ascenso del liberalismo en ambas orillas del Atlántico, el colapso del imperio colonial ibérico, la compleja evolución de las repúblicas latinoamericanas, el despegue de Estados Unidos como potencia continental y el agravamiento de las tensiones inherentes a una sociedad esclavista definieron a un siglo que marcó el nacimiento de lo cubano.

En el terreno político, se definieron tres corrientes que buscaban la consumación del proyecto de modernidad que calaba en el imaginario de las élites y los sectores medios. El camino de Cuba hacia la prosperidad, que se consideraba consustancial al avance de capitalismo, se concibió desde la posibilidad de alcanzar tal meta bajo el manto del poder colonial español, a través de la incorporación de la Isla a Estados Unidos o mediante la conversión de la colonia en un estado independiente. Reformismo, anexionismo e independentismo recorrieron todo el siglo como expresión del posibilismo propio del pensamiento liberal. Esta dinámica también repercutió en los sectores populares, que se proyectaron activamente en contra de las relaciones de explotación existentes, en especial las derivadas del régimen esclavista. En los dos planos esbozados se afianzó paulatinamente la idea de patria que desembocó en la asunción de la vía armada como fórmula para resolver las contradicciones que se manifestaban en la sociedad insular. La poesía de Heredia y Plácido, el magisterio de Varela y Luz y la sonoridad cada vez más autóctona de la contradanza formaron parte de las corrientes subterráneas que brotaron cual manantial en La Demajagua.

Las últimas tres décadas del siglo XIX presenciaron el despegue del proceso nacional-liberador en Cuba. A lo largo del transcurso de este cobraron vida de forma plena la nación y la nacionalidad cubanas con los elementos simbólicos, políticos y jurídicos propios de la gestación de un proyecto de tal envergadura. Fueron estos también años de contradicciones, errores y derrotas para el independentismo, que subrayaron la necesidad de construir fórmulas unitarias que permitieran alcanzar los objetivos trazados. De forma singular se insertó dentro de estos acontecimientos la praxis revolucionaria de José Martí, la cual puede considerarse la expresión más acabada del nacionalismo cubano, de la conexión entre la independencia y la revolución social y de la capacidad para entender el encaje del acontecer insular dentro de la lógica de los procesos mundiales.

Precisamente fue Martí el político que supo identificar el gran peligro que para finales del ochocientos se estructuraba frente a los propósitos de soberanía nacional y justicia social que impulsaban al movimiento emancipador cubano. El Apóstol comprendió que el enemigo estratégico era el expansionismo norteamericano, realidad que no tardó en verificarse con la entrada estadounidense en el conflicto anticolonial que se libraba en la Isla. La gesta del Ejército Libertador no cerró con el nacimiento de una Cuba independiente, sino con la modelación —en años que llevaron al siglo XX— de un régimen neocolonial que colocó a la nueva república nacida en 1902 en la férrea órbita de Washington. Instrumentos como la Enmienda Platt y el Tratado de Reciprocidad Comercial hacían evidente la limitada autonomía que detentaba la Isla. Vale resaltar que la conformación del modelo neocolonial y burgués —conectada también con las prácticas culturales, las mentalidades y los imaginarios— no respondió únicamente al acto de fuerza desplegado desde el poder imperial norteamericano, pues en dicha dinámica participaron también los grupos dominantes cubanos que se convirtieron en asociados menores del sistema de la dependencia a partir de intereses de clase concretos. Asimismo, un segmento del liderazgo independentista devino administrador político del régimen creado, realidad esta que no expresó solamente la traición a los principios radicales del mambisado, sino además la histórica existencia dentro del campo mambí de corrientes conservadoras capaces de converger con fórmulas que limitaban el ejercicio de la soberanía nacional, al tiempo que se desligaban de los ideales de justicia social.

Con rapidez el régimen neocolonial dio síntomas de agotamiento. Tras el efímero *boom* económico experimentado durante la Primera Guerra Mundial se confirmó la tendencia que expresaba la creciente desconexión entre el desproporcionado peso de la agroindustria azucarera dentro de la realidad cubana y los mecanismos para la realización del producto comercial de esta en el mer-

cado estadounidense. Los rasgos de la crisis coyuntural de postguerra pusieron en evidencia la deformación estructural de la economía insular, situación que tenía como componente esencial la incapacidad del país para buscar otros caminos productivos debido a los términos derivados de la «reciprocidad». Todo esto se manifestaba, a su vez, en un contexto caracterizado por la apropiación de buena parte de la riqueza nacional por parte de la inversión norteamericana, la existencia de una burguesía doméstica acoplada al dominio exclusivista de los medios de producción, la inacción de los venales gobiernos republicanos defensores del *statu quo* y la incapacidad del régimen económico vigente para generar desarrollo, entendido este como ruta hacia la solución de los graves problemas sociales que aquejaban a las grandes mayorías.

Frente a la situación creada se movilizó de forma contundente la sociedad civil cubana, en especial su segmento juvenil. Cerraba de tal modo un ciclo definido por la apatía y la frustración que de forma clara había captado la producción literaria de Loveira, Carrión y Ramos. Desde los códigos de la reforma y la revolución, estudiantes, intelectuales y obreros se lanzaron a la aventura de transformar al país, justo en un escenario mundial marcado por importantes procesos de cambio y en sintonía con un afán de renovación que tanto a nivel nacional como internacional superaba el ámbito de lo estrictamente político. La generación de Mella, Villena y Guiteras fue también la de Nicolás Guillén, Amadeo Roldán y Carlos Enríquez. Debe destacarse que las líneas de acción conectadas con la necesidad de resolver la crisis cubana también se desplegaron desde los grupos de poder y de ello da cuenta la gestión gubernamental de Gerardo Machado.

La complejización de la situación concreta del país, la agudización de las tensiones existentes y el afán de cambio asentado en el imaginario de la época dieron vida al proceso revolucionario de los años treinta, el cual desembocó en la caída de la dictadura machadista sin que ello implicara el cumplimiento de sus propósitos más radicales. La capacidad de recomposición del bloque oligárquico-imperialista y las contradicciones internas de las fuerzas revolucionarias explican el destino de aquella revolución.

A pesar de la frustración de su vertiente más antisistémica, la revolución que «se fue a bolina» abrió las puertas a una etapa de importantes reformas que tuvo su expresión más acabada en la carta magna de 1940. Fueron estos los años de despliegue del nacional-reformismo como proyecto de modernización del capitalismo cubano. El programa de esta corriente política dialogaba con demandas de contenido social afianzadas en el imaginario ciudadano, al tiempo que las conectaba con iniciativas económicas vinculadas a la añorada expansión del mercado interno. Los pocos espacios que daba el sistema de la dependencia, rearticulado en los estertores de la revolución frustrada, no

permitieron la materialización eficiente de los propósitos reformistas; lo cual tuvo su muestra más palpable en la incompetencia demostrada por las administraciones del Partido Auténtico, fuerza que además se vio arrastrada por la conformación —tras el fin de la Segunda Guerra Mundial— del escenario de Guerra Fría. En este nuevo contexto —distante ya de los años de convergencia entre la izquierda y la derecha de cara al esfuerzo antifascista— los grupos de poder priorizaron la ejecución de una agenda hostil a los intereses del movimiento popular, mientras en paralelo emergía la Ortodoxia como proyecto de refundación cívica sostenido en lo programático por los propósitos del nacional-reformismo.

En el marco de los referidos avatares políticos, la crisis estructural de la economía cubana seguía su curso. Las potencialidades del país para superar el subdesarrollo se veían castradas por la existencia de un sistema que operaba cual círculo vicioso. La sociedad insular mostraba agudos contrastes que ponían en contraposición zonas definidas por la plena inserción en el mundo de la modernidad con aquellas que eran muestra de las más lacerantes carencias. Las disparidades entre el campo y la ciudad, entre La Habana y el resto del país, resultaban especialmente significativas justo en los años en los que un ritmo musical como el chachachá y la elevada poesía del Grupo Orígenes daban cuenta de un país que poseía una notable vitalidad cultural.

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 profundizó la crisis que se vivía y trasladó el centro de esta al terreno político. Frente a la dictadura batistiana, incapaz de resolver los problemas que aquejaban a la nación y la clara continuidad de las prácticas corruptas de las anteriores administraciones republicanas, se conformó un amplio movimiento opositor que puede dividirse en dos grandes bloques. De un lado se ubicaban los que entendían el combate al tirano como esfuerzo en pos de la restauración de la «República del 9 de Marzo», o lo sumo de la puesta en marcha del pospuesto programa del nacional-reformismo auténtico-ortodoxo. Por el otro transitaban las fuerzas que identificaban el combate al régimen como punto de partida para desencadenar un programa de transformación que resolviera las agudas contradicciones que se dirimían en el seno de la nación. La revolución como idea y praxis volvía a ponerse en el centro del debate, otra vez impulsada por los segmentos más radicales del universo juvenil; esos que habían conectado de forma especial con la prédica de Eduardo Chibás y comparaban la Cuba que les tocaba vivir con aquella soñada por Martí.

El cierre del decenio de los cincuenta presenció la estructuración de un movimiento insurreccional que fue capaz de derrotar al ejército batistiano y de detener las acciones de última hora promovidas por el bloque oligárquico-imperialista con el fin de frustrar el triunfo de una coalición de organizaciones

dentro de la cual detentaba la hegemonía la agrupación más radical, el Movimiento 26 de Julio encabezado por Fidel Castro. El 1ro de enero de 1959, la Cuba que bailaba al compás de la Banda Gigante de Benny Moré y disfrutaba de los frenéticos mambos de Dámaso Pérez Prado vio entrar a los heroicos barbudos en las principales urbes del país.

La Revolución Cubana se entendió a sí misma como la consumación del ideal patrio. Sin lugar a duda, abrió las puertas a un proceso de empoderamiento ciudadano y de socialización de la riqueza nacional sin precedentes en el decurso histórico de la Isla. Implicó, a su vez, la exacerbación del conflicto secular con los círculos de poder norteamericanos, debido a la hostilidad de estos frente a un proyecto que afectaba sus intereses económicos y suponía un desafío simbólico hasta hoy intolerable. La historia de estos años ha sido en buena medida la del combate entre un pequeño pueblo y el imperio más poderoso que ha existido.

El proceso revolucionario enfrentó casi desde su arranque una gran disyuntiva. Ante él se presentaban dos caminos a transitar. La Revolución podía materializarse como un esfuerzo de modernización del capitalismo cubano o convertirse en un proyecto de contenido anticapitalista. El contexto de la Guerra Fría, la hostilidad estadounidense, las concepciones del liderazgo en ejercicio y la hondura de las transformaciones que necesitaba el país propiciaron que la segunda línea se materializara como opción histórica.

El complejo proceso de transición socialista supuso para Cuba la obtención de notables indicadores sociales que se convirtieron en el soporte básico del amplio consenso político conformado en torno a la Revolución. Empero, los éxitos alcanzados tuvieron la compañía de costosos errores, metas no cristalizadas y nocivas prácticas que dañaron al proyecto de cambio en curso. La asimilación acrítica de las concepciones y modelos organizativos procedentes del llamado «socialismo real» y las dificultades para el diálogo fecundo con la diversidad inherente a toda sociedad pueden identificarse como algunas de las causas de los problemas señalados.

En paralelo a su evolución interna, Cuba alcanzó un gran protagonismo en el escenario mundial. La práctica consecuente del internacionalismo y la iniciativa estratégica en el terreno geopolítico definieron la proyección exterior de la Isla. El impacto de esta fue tal que no puede escribirse la historia reciente de continentes como América y África sin tomar en cuenta las acciones impulsadas durante décadas por la mayor de las Antillas y el referente que la misma existencia de la Revolución Cubana supuso.

Una de las dinámicas más significativas que ha vivido la nación en sus últimos seis decenios es la estructuración de una importante diáspora. Esta

realidad responde tanto a la conflictividad política inherente a la dimensión de proceso revolucionario, como a los flujos migratorios existentes entre la periferia y el centro del sistema-mundo capitalista, todo ello en el marco de un país que dejó atrás —a partir de la década de 1930— su condición como receptor de migrantes. Las relaciones entre Cuba y su emigración han llegado a ser especialmente tensas, aunque debe reconocerse la existencia de esfuerzos que han buscado los mayores niveles de entendimiento y articulación posibles.

La confluencia entre los siglos xx y xxi ha sido especialmente convulsa para el país. La configuración de una crisis socioeconómica que dura ya más de treinta años ha erosionado los consensos gestados en torno a la Revolución como proyecto político. La implosión del Campo Socialista, el recrudecimiento de la hostilidad norteamericana, la parcial aplicación de los programas de reforma económica, la eclosión de nuevas generaciones políticas, la retirada paulatina del liderazgo histórico, el afianzamiento de la diversidad social, el envejecimiento poblacional, la masiva emigración, la mayor conexión del país con el mundo y los avatares planetarios han dado forma a decenios especialmente tormentosos.

La centuria en curso encuentra a la nación imbuída en el afán de transformarse para responder a las demandas de una ciudadanía que busca consumir su ideal de prosperidad. En esta trepidante aventura se halla hoy el pueblo de esta Isla; ese que desafía a los huracanes al igual que las palmas de Flora Fong, encuentra representación de sus cuitas en las cavilaciones de Mario Conde y le pone música a sus días a través de una variada selección en la que se incluyen la excelsa poesía de Silvio Rodríguez, la timba vibrante de Los Van Van y el último reggaetón de moda que —pésele a quien le pese— ya suena a Cuba también.

III

Vivimos días difíciles en los que la suerte de un proyecto político particular amenaza con poner en tela de juicio a la totalidad del proceso de formación nacional. La profunda crisis de estas jornadas parece «darle un hacha al dolor» en pos de «hacer leña con todo y la palma». Al compás del desapego para con la política de hoy, no pocos reniegan de todo. En ese coro que son las redes sociales puede uno encontrar a aquellos que cuestionan a los mam-bises por alzarse en contra de la monarquía hispana y a otros que miran con tristeza el hecho de que nuestra estrella haya permanecido solitaria. Sin caer en alarmismos fatalistas, ha de reconocerse la magnitud de los dilemas que nos rodean.

Frente a circunstancias complejas siempre emerge la gran pregunta: ¿qué hacer? Y es entonces cuando tiene que manifestarse la capacidad para con-

vertir los diagnósticos en soluciones, para trazar las políticas concretas que ayuden a resolver los problemas existentes, para estructurar a los sujetos que modificarán creadoramente su realidad.

En un ejercicio de apretada síntesis pueden definirse algunas prioridades para la acción. Avanzar de forma resuelta en la construcción de una sociedad más amable para la ciudadanía constituye tarea primordial. Pensar en la solución de nuestros dilemas en un escenario ajeno a la materialización de las condiciones elementales de prosperidad emerge como quimera. La propia obra redentora de la Revolución demostró —en sintonía con los postulados teóricos del marxismo— que la transformación de las condiciones de vida de los individuos abre las puertas a los cambios en el terreno de las subjetividades. Asimismo, corresponde al tejido institucional del país formular una política cultural de perfil holístico, sistémico e integrador, que de forma clara defina cauces flexibles para la implementación de un amplio programa de iniciativas que coloque en su centro la lucha por la emancipación en todos sus planos. Dicho programa deberá entenderse no como el diseño de un grupo de expertos, sino como construcción colectiva que ha de colocar como protagonistas a las comunidades. La democratización de nuestra vida social tendrá que ser componente esencial de este trazado, si se quiere romper definitivamente con viejos esquemas hijos de un paradigma ilustrado que no impugnó nunca los soportes estructurales de la dominación. Vale apuntar que en la búsqueda de los caminos para el éxito de estos propósitos no ha de perderse de vista la necesaria revisión de la tradición, así como los saberes acumulados en la academia, instancia lamentablemente ninguneada en muchas oportunidades por los decisores.

El reto está planteado. Toca pues lanzarse a la brega. Desbrozar el monte y hacer camino al andar. Acompaña en la empresa la savia tremenda gestada por el pueblo de esta Isla a lo largo de su historia. El escenario no es nada fácil, y por ende corresponde ser rigurosos en el trazado e implementación de las políticas. Mas también —y sin ser esto un llamado a dormirse en los laureles en tiempos decisivos— vale confiar en la cubanidad y en la cubanía, fuerzas telúricas que han demostrado su capacidad para injertar al mundo en su tronco, mientras preservan sus raíces y ofrecen al universo el fruto singular de su autoctonía.

Leer a José Martí en clave descolonizadora, una urgencia del presente

AUTORA: MARLENE VÁZQUEZ PÉREZ

La primera condición *sine qua non* para la existencia de un pensamiento descolonizador es la plena conciencia de la valía, de la autenticidad de la cultura propia, y de las diferencias respecto a otras culturas. Desde muy temprano, con apenas 18 años, Martí dio muestras de tener muy claro la especificidad de nuestros pueblos, frente a la otra América:

Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. —Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad (...)

Imitemos. ¡No! —Copiemos. ¡No! —Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos. —Creemos, porque tenemos necesidad de creer. Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse. La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras ¿cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes?

Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa! (Martí, 1975a)

Esto lo dice alguien que aún no ha visitado los Estados Unidos, y que el único conocimiento que tiene de ese país proviene de referencias o lecturas.

Esa mentalidad descolonizadora y libertaria tiene entre sus muestras más tempranas la preocupación por la libertad de espíritu, que viene, en su criterio, de la cultura, del afán de superación de cada individuo. En uno de sus textos más citados y comentados sobre asuntos educativos, «Maestros ambulantes», dice: «Ser bueno es el único modo de ser dichoso. // Ser culto es el único modo de ser libre. // Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno». (Martí, OC, 1975b)

La única fuente de prosperidad que aprueba es la del trabajo honrado y aquella significa para él posesión de lo que basta a la comodidad y a la satisfacción de las necesidades materiales, nunca es sinónimo de lo ostentoso o lo superfluo. Es contraria a lo que la mayoría entiende como tal, sobre todo

en nuestros días, pues el consumismo demencial la iguala con la opulencia de unos pocos, lo que quiere decir miseria de las grandes masas desposeídas, y un abismo de desigualdades cada vez más brutal.

Esa intención descolonizadora tiene otros puntos culminantes, como *La Edad de Oro*, que no es una mera revista de entretenimiento para niños y jóvenes, sino un proyecto cultural de grandes proporciones y contenido emancipatorio. Estaba dirigida a esos infantes de 1889, que serían los adultos del siglo xx, y a los que aspiraba a formar como ciudadanos cultos, capaces de conducir con originalidad y sabiduría el destino de sus respectivos países. Una revista donde se aúnan sabiamente lo americano y lo universal, la vocación ética y la hondura reflexiva, el amor a la patria y a nuestros semejantes. No debe perderse de vista que en el mismo primer número aparecen «La Ilíada, de Homero» y «Tres héroes», de manera que la épica clásica y la de nuestra historia continental alimentan simultáneamente la vocación heroica de los pequeños lectores.

De ese mismo año, aunque algo anterior, es su carta al director de *The Evening Post*, fechada en Nueva York, y publicada el 25 de marzo, que ha pasado a la historia como «Vindicación de Cuba». Con ella respondía a los artículos «¿Queremos a Cuba?», aparecido en *The Manufacturer*, de Filadelfia, el día 16, y «Una opinión proteccionista sobre la anexión de Cuba», publicado el 21 en el periódico neoyorquino, en el cual este se hacía eco de las ideas anticubanas, profundamente irrespetuosas y racistas, expresadas en el primero. Realmente con «Vindicación...» Martí desmontó una campaña mediática, para decirlo en términos contemporáneos, que mal ocultaba la fabricación de un pretexto para intervenir en Cuba. Esos criterios sobre las supuestas «pereza», «inutilidad», «cobardía», «incapacidad cívica» de los cubanos, eran extensivos a toda nuestra América (Martí, 1975c) y encubrían apetitos anexionistas de larga data, pues desde los mismos albores de los Estados Unidos como nación independiente existía el propósito declarado en muchos de sus prohombres de hacerse de la Isla a toda costa.

Junto con la aparición de esta respuesta a la injuria, basada en argumentos sólidos, expresó más de una vez su intención de pasar a la contraofensiva y publicar un periódico en inglés, para hacer llegar al lector estadounidense nuestras verdades, idea que no pudo materializar por falta de medios económicos.

En el último trimestre de 1889 se desarrolló la Conferencia Panamericana, o Congreso de Washington, como también se le conoce. El mismo se extendió hasta avanzado el año 1890, y Martí escribió una serie de crónicas formidables sobre el cónclave continental, además de otros textos de diferente naturaleza, entre los que hay que destacar su discurso de homenaje a José María Heredia, pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre

de 1889 y luego impreso en forma de folleto y distribuido entre los delegados. Era este un modo de contrarrestar la estrategia de deslumbramiento montada por los anfitriones, a la vez que por el lado afectivo vinculaba a los delegados con Heredia, con el cual compartían comunidad de orígenes. Así se sentirían orgullosos del bardo del Niágara, que en nuestra lengua cantó al portento como no lo ha hecho hasta hoy ningún anglosajón.

En su afán por convencer a los diplomáticos de Nuestra América de la «indiscutible superioridad» estadounidense, James G. Blaine, Secretario de Estado del presidente Benjamín Harrison, y artífice de esa maniobra colonizadora, diseñó una estrategia de seducción y presión, que se inició con una gira por todo el país, en un tren de lujo, para que se visitara todo lo digno de verse, desde las Cataratas del Niágara, hasta los altos hornos de Pensilvania, sin olvidar grandes ciudades, como Nueva York, universidades, museos, etc. Con ello se pretendía afianzar un sentimiento de asombro, de admiración desmedida hacia Estados Unidos, a la vez que se fortalecía la convicción de la inferioridad propia en los visitantes. De ese modo el colonizador daba un primer paso, imprescindible para el éxito de sus objetivos a mediano plazo: sojuzgar el intelecto y el sentimiento, pero el emigrado subalterno José Martí, desde su exilio vigilante, trazaba sus propios planes defensivos, válidos hasta nuestros días.

Sin duda alguna, otro de los documentos imprescindibles al respecto es su discurso conocido como «Madre América», pronunciado el 19 de diciembre de 1889, en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, en la velada de homenaje a los delegados de nuestros países. En él Martí analiza en paralelo las dos Américas, la de Lincoln y la de Juárez, de manera que las causas históricas expuestas con singular vuelo poético ilustran por sí mismas las diferencias en los niveles de desarrollo de ambos territorios, y desmotan minuciosamente la falacia de la supuesta inferioridad de los pueblos del Sur.

Este discurso ha sido leído y entendido como una suerte de pórtico del ensayo «Nuestra América», definidor de nuestras esencias, publicado en *La Revista Ilustrada*, de Nueva York, el 1 de enero de 1891, y replicado por *El Partido Liberal*, de México, el 31 de ese mismo mes. Es sabido que ese texto se centra en la definición culturalológica de lo americano, a la vez que traza, desde la autoctonía, los nexos con la universalidad. Sentaba las bases de la soberanía continental en todas las esferas, a tal punto que expresaba la necesidad de crear un arte de gobierno propio, que habría que trabajar y perfeccionar desde dentro, si queríamos ser verdaderamente independientes, puesto que la colonia había continuado viviendo en la república: ésta debía luchar contra aquella y vencerla. (Martí, 1975d)

No era solo cuestión de soberanía política, sino de emancipación espiritual, cultural. Rebasado ya el medio siglo de independencia en el continente, las rémoras de la colonia continuaban interfiriendo en el desarrollo ulterior de nuestros países. Aunque pueda parecer exagerado, a más de 130 años del aserto martiano, y envueltas en máscaras «neo», ese mismo lastre de devoción por el antiguo amo, o por el nuevo amo disimulado, es el que propicia el menosprecio de lo propio y la mirada hacia el Norte. Este se presenta de manera creciente en el imaginario continental, a merced, cada vez más, de la guerra cultural y del poder de los grandes medios de comunicación, como la Tierra prometida que no es. Esas influencias nefastas, unidas a las terribles desigualdades, crisis económica, escaladas de violencia, son las propiciadoras de las oleadas migratorias sucesivas, en busca de un ideal de felicidad basado únicamente en el disfrute de lo material, en el vivir el ahora, en la banalidad y el lujo.

La globalización neoliberal ha extendido por el planeta costumbres, festividades, modos de hacer y decir de los poderosos, que con su apariencia inofensiva y divertida pretenden imponer patrones de comportamiento e íconos culturales y simbólicos en los más diversos territorios. Lo que es tradición arraigada en Cuba no tiene por qué serlo en Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia, y viceversa, pero la cultura de los centros de poder con su afán hegemónico termina imponiéndose y la resignación y aceptación fatalistas no son las soluciones. Desde hace algunos años el Halloween, que nada tiene que ver con nosotros, se ha comenzado a celebrar en la Isla, y cada vez gana más adeptos entre la población joven. En ello puede haber ingenuidad, imitación de lo que se ve en el cine y sobre todo desconocimiento, pero lo que sí resulta indignante e inconcebible es que en nuestro país, con o sin intención, se legitimen disfraces del tristemente célebre Ku Klux Klan, que con sus actos violentos ha aterrorizado a toda la población negra estadounidense durante más de un siglo. Desde su fundación en 1865, recién terminada la Guerra de Secesión, esta organización ha impuesto la ideología fascista de los supremacistas blancos y ha dejado tras sí una estela de infamia y dolor. Entre sus prácticas habituales desde entonces hasta hoy están los linchamientos, algo que Martí criticó duramente más de una vez a lo largo de toda su obra.

En 1894 publicó en *Patria* su artículo «La verdad sobre los Estados Unidos». Con él inauguraba la sección «Apuntes sobre los Estados Unidos», la cual apareció por primera vez en el nro. 105, del 31 de marzo de ese año. En ella se publicaban traducciones de noticias procedentes de la prensa estadounidense, en las que se hablaba de hechos violentos en diversos estados de la Unión. Se destacan un secuestro y un motín en medio de elecciones para instancias territoriales de gobierno; muertos por disparos en una pelea entre

dos facciones de republicanos en un distrito electoral; disturbios callejeros; el asalto al ayuntamiento en la ciudad de Denver, Colorado, por el ejército, entre otras nuevas sorprendentes. Sobresale en este número el linchamiento de un joven negro, acusado de asesinato, que esperaba el juicio en una cárcel de Pennsylvania. Se publica además el grabado, en cuyo pie reza, para mayor horror, que un niño preparó la horca.

Todo ello da fe de su labor de alerta a nuestra América, y de su denuncia del racismo entre los rasgos sociales estadounidense que no deben ser imitados. Con esa labor vigilante desmitificaba al coloso vecino, que no era modelo a seguir en las repúblicas nustramericanas y cuyo modo de vida no debíamos imitar jamás. Sin duda alguna, el pensamiento descolonizador de José Martí, tanto por su contenido teórico, como por el ejemplo de civismo y eticidad, sigue siendo una alternativa para enfrentar los desafíos del mundo contemporáneo. Sobre esas bases, con creatividad, realismo y visión de futuro, se pueden hallar soluciones viables a muchos de los grandes problemas del aquí y el ahora.

Urge estudiar con sentido crítico nuestras realidades nacionales y también el todo continental; implementar políticas coherentes que ayuden a la salvaguarda de lo propio y frenen la imitación acrítica de lo foráneo; trazar estrategias de enseñanza de nuestra historia y de nuestra literatura desde dentro, desde nuestras verdades, pero con vocación universal; proteger la memoria histórica de saqueos y distorsiones interesados; continuar incidiendo en la esfera de la comunicación con medios propios, y ampliar su alcance estratégico; plantearnos, desde las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, interrogantes que nos ayuden a definir qué podemos hacer en aras de una Humanidad mejor, más justa, más equitativa, y qué podemos aportar a ella desde Nuestra América.

Por último, y no en último lugar, creo indispensable continuar perfeccionando las estrategias de difusión de la vida y la obra de Martí. Hay que barrer con las visiones esquemáticas, las citas descontextualizadas que no consignan las fuentes, las manipulaciones de su palabra para legitimar fines espurios, entre otros muchos males. (Vázquez, 2021). Es preciso, sobre todo, llegar con su obra a los lectores, en especial a los más jóvenes, como fue práctica habitual del propio Martí, con argumentos y con afectos, a la razón y al corazón. Solo así calará hondo y rendirá frutos perdurables su pensamiento descolonizador. Si estas notas fugaces consiguen motivar futuras disquisiciones y, sobre todo, despiertan iniciativas transformadoras a nivel sociocultural, habrán cumplido sus propósitos iniciales, pues solo pretenden abrir y prolongar un diálogo útil y reflexivo.

Notas y Referencias bibliográficas

Martí, José. (1975a). *OC*, t. 21, pp. 15-16.

Martí, José. (1975b). *OC*, t. 8, p. 289.

Martí, José. (1975c). Sobre opiniones racistas respecto a los mexicanos véase «La república Argentina en los Estados Unidos. Un artículo del Harper's Monthly», *OC*, t. 7, p. 330. Hablando de los periódicos norteamericanos y sus opiniones sobre nuestros países escribe:

(...) antes bien, nos estudian e historian a meras ojeadas, y con mal humor visible, como noble apurado que se ve en el aprieto de pedir un favor a quien no mira como igual suyo. Así es que, siendo en verdad admirables la mayor parte de los pueblos de nuestra América por haber subido, entre obstáculos mortales a su condición presente, de los más oscuros y opuestos orígenes, no pasa día sin que estos diarios ignorantes y desdeñosos nos traten de pueblecillos sin trascendencia, de naciones de sainete, de republicuelas sin ciencia ni alcance, de «pueblos de piernas pobres» —como decía ayer Charles Dudley Warner hablando de México—, «¡escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito!».

Martí, José. (1975d). *Nuestra América*, *OC*, t. 6, p. 19.

Vázquez Pérez, Marlene (2021). *¿Cómo comunicar la vida y la obra de José Martí?* Disponible en:

<https://www.cubaperiodistas.cu/index.php/2021/07/como-comunicar-la-vida-y-obra-de-jose-marti/>

Tomado de *La Jiribilla*

¿Cosmopolitismo o huellas de colonización?

AUTOR: LUIS TOLEDO SANDE

La cultura cubana —llamada, como parte que es de la especie, a ser humanoascendente— tiene más de una raíz: de entrada, es hispana y afrodescendiente a la vez, y en distintos grados también la han enriquecido aportaciones como las llegadas de China y, en lo más cercano, de otros pueblos del Caribe. En tal fusión se fraguó lo que Fernando Ortiz, quien empezó su carrera hablando de lo afrocubano asociado a lo hampesco o marginal, terminó definiendo centralmente como fusión cubana de blancos y de negros. Aunque más presente —incluso en lo material: en la genética— de lo que suele reconocerse, el elemento aborigen no dejó aquí una huella tan relevante como la que ha conservado en otros pueblos de nuestra América. Pero ignorar su presencia les haría un favor a las fuerzas que en gran medida asolaron a los habitantes originarios de las Antillas.

Todo ello es válido para la sociedad cubana en el plano colectivo y, de distintos modos y con diversas gradaciones, en el individual. Desde la formación que la puso en camino de ser la Cuba que es, y por su posición geográfica, esta tierra se relacionó intensamente con el resto del mundo. Tal realidad la ha marcado de diversas formas, y ha sido y es natural el cultivo en ella de expresiones artísticas de otras comarcas, por lejanas que sean o parezcan. En especial afines le resultan el conjunto de nuestra América, su familia natural, y particularmente España y África, fuentes básicas de su forja como nación.

En general, y sobre todo con respecto al cultivo de las expresiones de esas dos áreas, lo más sensato sería lograr el mayor equilibrio posible en la atención a unas y a otras, superando las parcialidades que históricamente se hayan dado en el afán de revertir o imponer privilegios o silenciamientos. Hoy no se deben pasar por alto las desproporciones que pueda imponer el mercado, apreciables hasta en el uso de un idioma dominante, el inglés.

La maquinaria cultural del imperio que procura mantener su hegemonía planetaria inunda los medios de comunicación en el mundo, incluso en un país asediado, agredido y bloqueado por la potencia imperial. Eso no ha impedido que los símbolos de esa nación, empezando por su bandera —que merecería ser rescatada por un pueblo que a veces ya ni la reconoce como suya, de tan manipulado y burlado que ha sido—, se esparcen de una manera que acusa, cuando menos, insuficiente prevención por parte del territorio inundado.

Ejemplos de semejante inundación abundan. El autor de este artículo ha resumido en otros textos algunas muestras representativas de tal realidad, frente a la cual artistas, promotores culturales y guías de política cultural — de política— tienen una alta responsabilidad que cumplir. Los convocan su relación profesional y es presumible que también afectiva con lo simbólico, con los valores históricos y éticos, y su posibilidad de transmitir o abonar los mejores de estos en el seno de la sociedad. Se trata de un terreno donde las prohibiciones suelen ser contraproducentes o no resultar lo más aconsejable. Pero la resignación, la inercia, un acrítico dejar hacer —en lo cual acaso influyan temores y prejuicios nutridos por las consecuencias de haber aplicado en otros momentos interdicciones desmedidas— pueden de igual modo conducir a despropósitos y males mayores.

En un espacio de la Televisión Cubana se puede premiar un programa de una emisora radial también cubana denominado Cuba Tonight, que parece llamado a propiciar más anchos cauces a búsquedas institucionales de animación que en la capital del país llevaron a lanzar un itinerario recreativo bautizado como Havana Tonight. Se diría que fue concebido para atraer turistas, en medio de una confusión globalizadora que ha hecho suponer que el mundo entero habla la lengua franca imperial, o que resulta poco menos que forzoso hablarla.

A pesar de la expansión del inglés —no debida precisamente a grandezas como las de William Shakespeare y Walt Whitman, sino al poderío del mercado, el dólar, la tecnología y la OTAN, y a su distintivo pragmatismo intrínseco—, no es ni remotamente cierto que todo el mundo domine ese idioma, ni se debe propiciar que esa lengua someta al mundo. Y, en cualquier caso, ¿no deben los turistas que lleguen a Cuba tener ocasión de percatarse de que se encuentran en ella, no en un apéndice de «cubanidad» como el que pudieran hallar en la calle 8 de una ciudad cuyo nombre, si del español se trata, se pronuncia Miami, no Mayami? A bordo de un ómnibus para turistas, ¿se debe desterrar la música cubana, en el entendido —sin la menor demostración— de que les interesa no digamos ya la música de otros países, sino la peor de las que circulan en sitios comerciales del mundo, cuando si en algo es Cuba una potencia es en la riqueza de su música?

Todavía al menos, la radiodifusión —televisoras incluidas— y los ómnibus del sector turístico son medios de propiedad social y administrados estatalmente, no bienes poseídos y controlados por particulares, déseles el nombre que se les dé, entre ellos el eufemismo de cuentapropistas. ¿Deben por alguna razón las instituciones culturales del país renunciar a los deberes que están llamadas a cumplir incluso en el sector no estatal? Para fomentar el conocimiento internacional de la música cubana, ¿es indispensable crear una institu-

ción llamada Bis Music? Para organizar un festival de música —internacional, sí, pero en Cuba— ¿es necesario llamarlo Havana World Music?

Mientras el país demora en darse su propia ley lingüística —otras naciones, como Francia, tienen la suya, y con ella defienden su idioma, aunque la Coca Cola insulte con un anuncio insolente el Molino Rojo, uno de los emblemas de París, y su gobierno se pliegue al imperio—, pueden seguir haciéndose algunas reflexiones. Tal vez aquellos nombres citados en el párrafo anterior apunten a una conjunción de entuertos: de un lado, la ya señalada tendencia a suponer que el inglés es la lengua del mundo; de otro, considerar que los hispanohablantes están obligados a entender qué significa music, mientras a los anglohablantes se les debe rendir pleitesía hasta el punto de evitarles invertir tiempo y neuronas en inferir el significado de música.

No cabe confiar acríticamente en que tal fenómeno solo opera entre lenguas diferentes. Una leve observación sugiere que en el propio uso del español remite a herencias del colonialismo: quienes vienen de España a Cuba hacen valer su aparcamiento y su coche, porque entienden que la población cubana debe saber qué significan esas palabras, o arreglárselas para saberlo. No se les ha de repudiar por ello. La mala señal estriba en las personas de Cuba que, no más llegar a España, renuncian a su parqueo y a su carro, que —como aparcamiento y coche— son también extranjerismos adoptados y adaptados en español.

Cuba tiene sus raíces, sus caminos y su alma cultural, que no la desgajan del mundo, pero le han dado su identidad propia, con la que debe seguir insertada en él. En la atención a esa verdad le corresponde un sitio relevante al conocimiento de los nutrientes que ha recibido de África y de España, los cuales deben y merecen ser tratados con la mayor lucidez. No es cuestión de impostar el ceceo o el melisma andaluz, ni de zarandear nombres de orishas.

Por fortuna, para el cultivo del legado de origen africano que vive en la cultura cubana no ha asomado un desatino como llamar Tambores Batá Cuban Rhythm a una agrupación determinada. Acaso el acierto se base en la noción, o conciencia, de que se abraza y se defiende un elemento que, siendo de primer orden, resultó avasallado. En el plano del idioma —soporte del pensamiento— ese saber puede prevenir contra aberraciones como la antes imaginada a manera de muestra.

Quizás no ocurra exactamente igual en cuanto a la vinculación con la cultura española: esta, por haber sido dominante, durante un largo tiempo y con distintos recursos opresivos se asoció a lo impuesto, aunque tuviera base igualmente en los diversos sectores populares de la metrópoli. Pero, practicado individualmente o por colectivos, es tan legítimo cultivar el legado de los ancestros españoles como el de los africanos. En ese camino, y citando un ejemplo real, existe una compañía danzaria cuyo cometido lo define la denomina-

ción Ballet Español, completada con una expresión de raigalidad: de Cuba.

El baile español de España se hace en aquella nación peninsular; el interpretado en Cuba, y a lo cubano, tendrá en ritmo y movimiento, y en espíritu, matices aportados por la nación que lo acoge. Lo aberrante sería que esa agrupación, con vida y sede en Cuba, se denominara Cuba Spanish Ballet, lo que rendiría tributo al «cosmopolitismo» que, curiosamente, se expresa en inglés, como si el español no lo hablara también una de las mayores comunidades de pueblos del planeta. A otros pueblos se les impuso por «legítimo» derecho de conquista el inglés. A Cuba le tocó el español, que hizo suyo: ha enriquecido esa lengua en el medio milenio más importante de su evolución, marcada en 1492 por la edición de su primera gramática y por el encuentro de dos mundos.

Puesto que en lo concerniente al cultivo hoy en suelo cubano del arte de España se ha usado como ejemplo una agrupación real, el Ballet Español de Cuba, también da gusto añadir que su gestor y director no ha incurrido en la incongruencia de colgarle un nombre anglosajón. Pero, si lo hiciera, y las instituciones encargadas de orientar la cultura en Cuba y trazar, establecer y aplicar la correspondiente política cultural, se lo permitieran o fueran insensibles a ese hecho, habría que respetar el derecho de cada quien a enjuiciar tal decisión. Por lo pronto, ¿no habría motivos para poner en duda el tino de semejante bautizo? La duda recaería no solo sobre el guía de la agrupación: afectaría de paso a las instituciones mencionadas.

No habría que descartar la influencia de intereses mercantiles en una decisión de ese carácter. No todo el mundo está obligado a tener idéntica formación intelectual que un músico de la talla de Leo Brouwer, ni a compartir plenamente sus criterios sobre la cultura, como el que ha mostrado con respecto a los premios Grammy, de los Estados Unidos. Sin desconocer la altura académica de las autoridades que los dirimen, ha rehusado ir a ese país para recibir el galardón cuando, más de una vez, se le ha conferido. Estima que en el otorgamiento y en la promoción de *use lauro* —que tan codiciado se percibe— operan no solo razones artísticas, sino también, o sustancialmente, intereses mercantiles. ¿No define un diccionario de lengua inglesa el rótulo Grammy como la marca comercial (*trademark*) de un premio conferido cada año por logros en la industria de la música grabada?

Los demás artistas cubanos que residen en Cuba, y aquí tienen la base fundamental o la raíz de su labor, ¿no deben abrazar la idea de que, triunfen donde triunfen, y vayan adonde vayan, son cubanos? Es seguro que por lo menos la mayoría lo hace. En sus circunstancias y para moverse principalmente fuera del territorio cubano, fundó en 1931 Ernesto Lecuona —quien, según apunta Radamés Giro en su Diccionario, «nunca actuó con ella», y pronto la dejó en otras manos— la orquesta Lecuona Cuban Boys. Pero esa estrategia comercial no dio margen para dudar de la nada aldeana cubanía del autor de

«La comparsa», «Siboney», «Suite española» y la música de «María la O», por solo citar algunos ejemplos.

Por su parte, Benny Moré asumió para su orquesta el formato de la jazz band, y la guio y la nombró con un sabor cubano que sigue honrando y alegrando a la nación. Para actuar en Cuba ¿no sería impertinente algo que, gestado en el país y emplazado en él aunque aspirase a hacerlo también en el exterior, se llamara Peter The Lame and His Cuban Drums? Allá quienes consideren ese bautizo más elegante y a la moda que Pedro el Cojo y sus Tambores Cubanos.

Ojalá que lo indeseable expuesto hasta aquí no pasara de enumerar engendros imaginados, sin equivalencia alguna con la realidad. Pero no hay que sentirse tan seguro de que así sea, y este artículo no pretende agotar el tema ni sentar cátedra de ningún tipo. El asunto es complejo y demanda meditación a fondo, de largo alcance. Demanda cultura.

Añádase que la convicción, abonada por la experiencia, de que las prohibiciones pueden ser contraproducentes, no autoriza a rehuir la responsabilidad de aplicar guías culturales lúcidas. Si hay desorden en un área de la sociedad, es probable que lo haya también en otras, y pertenecer laboralmente al sector cultural, e incluso gozar de prestigio artístico, no basta para garantizar que se tenga una acertada preparación cultural y una perspectiva conceptual bien orientada en ese terreno.

Tomado de *La Jiribilla*

Colonización y cultura: un fenómeno con varias caras

AUTOR: YASEL TOLEDO GARNACHE

Con frecuencia solemos mencionar términos como colonización cultural. Algunos lo relacionan rápidamente con Internet, las plataformas digitales y otros medios de comunicación, como la televisión y el cine... , pero la verdad es que existe desde hace mucho, como una forma efectiva de dominación, junto a lo militar y lo económico.

Los conquistadores de varias etapas siempre han pretendido imponer también sus ideologías, religiones, modos de vida... Basta con analizar el caso específico de Cuba —para no salir de nuestra geografía—, cómo los españoles a finales del siglo xv, junto a la explotación y las muertes, imponían sus formas de organización sociales, sus creencias y el lenguaje.

A lo largo del tiempo se han legitimado los modos de las potencias eurocentristas, y también de Norteamérica desde que los Estados Unidos se convirtió en imperio. Esas naciones han priorizado desvalorizar siempre las identidades y elementos culturales autóctonos de los pueblos colonizados.

Es interesante pensar en algo que señala el escritor y pedagogo argentino Gregorio German, quien expresó que, por ejemplo, «se clasificó la geografía planetaria de modo que el norte está arriba y el sur abajo, en un mundo que es redondo y, como se sabe, lo que está arriba tiene supremacía. Se configuró también un orden simbólico que establece la existencia del Primero, el Segundo y el Tercer Mundo», como si todos no viviéramos en el mismo.

Las «agresiones» o «imposiciones» culturales siempre solían estar unidas a la barbarie, a lo militar, a la ocupación de territorios, pero todo eso se ha ido transformando. El desarrollo tecnológico, la creación de la imprenta, los periódicos y los libros a gran escala permitieron llegar a muchas más personas con contenidos que influyen en las mentes.

Todo eso alcanzó mayores niveles con las creaciones de la radio, el cine y la televisión, y de grandes industrias para el entretenimiento y la expansión o penetración de las ideologías, provocando verdaderas guerras culturales, con un alto interés en el desarrollo de las tecnologías, como si se tratase de guerras armamentistas.

Así nacieron fenómenos como Hollywood y muchas películas y otros audiovisuales, con millones de espectadores en todo el mundo, varios de los cuales suelen mostrar versiones tergiversadas de los sucesos, con vencedores y superhéroes desde el norte, que a la vez imponen patrones en detrimento de las culturas de otros pueblos.

Con el surgimiento de Internet y las plataformas digitales todo ha llegado a dimensiones que hace décadas parecían de ciencia ficción. Millones de personas a la distancia de una pantalla, de un clic, suministrando información y consumiendo contenidos diversos, los cuales se pueden intencionar mediante algoritmos para pobladores de países y ciudades determinados.

Siempre nos gusta precisar que el origen de Internet está relacionado con elementos militares, específicamente con el Departamento de Defensa de los Estados Unidos y el protocolo TCP/IP en su red Arpanet, que dio paso a la red Arpa Internet. En sus plataformas hay muchos datos sobre nosotros, incluidas fechas de nacimiento, con quiénes nos vinculamos, los gustos y qué detestamos, conversaciones, amores, estados de ánimos..., todo lo cual puede ser usado, según intereses específicos, incluso para generar violencia.

A eso se suman videojuegos, formas de vestir, canciones y ritmos musicales, memes, caricaturas, videoclips, series, animados... que circulan mediante memorias flash, grupos de WhatsApp..., y toda una ola o mar de contenidos, que a estas alturas resulta imposible evitar.

Tenemos que mencionar también los proyectos gestionados desde el exterior, con youtubers, sitios webs, páginas y perfiles en Facebook, Twitter, Instagram..., todo lo cual conforma una especie de selva digital, a la cual no se le puede temer. Se trata de conocerla, estudiarla, y participar con mucha inteligencia, argumentos y belleza.

Son muchos los ejemplos de mentiras, ofensas y hasta amenazas en las redes contra líderes, artistas u otros profesionales cubanos, a veces mediante canciones y hasta filmes. Nadie tiene el derecho de asumir ese tipo de actitudes en plataformas digitales, como tampoco en espacios físicos. La crítica, el debate y el criterio diferente nunca debieran ser confundidos con la baja ni el propósito de dañar.

Para la descolonización, que es un proceso permanente, siempre en movimiento, debemos tener plena conciencia de que una peligrosa guerra se libra en lo simbólico, en el terreno de las ideas, la política y la psicología. Muchas veces las balas y bombas más efectivas están enmascaradas, alejadas de ruidos y grandes explosiones, pues pretenden socavar cimientos ideológicos, penetrar en las sensibilidades y circular como veneno en las mareas de los pueblos. Esto, dicho así, y repetido varias veces puede resultar alarmista, por eso lo más importante es que exista una plataforma desconolonizadora, tan fuerte y natural que sea capaz de inhabilitar cualquier intento de conquista cultural.

Aquí tenemos la suerte tremenda de tener la obra y el pensamiento de Martí, Fidel y otros creadores tremendos, además de una riqueza cultural asombrosa y un sistema institucional creado por la Revolución, con vocación profundamente desconolonizadora. Son ventajas, baluartes, pero no basta

con eso. Necesitamos que todo esté en constante perfeccionamiento y que lo mejor de nuestras propuestas artísticas siga al alcance de todos. Sería muy positivo que todo eso esté acompañado por avances en lo social.

Elementos como la identidad, el orgullo de ser cubanos y una cultura nacional palpitante y vital en todo el país, en comunidades y centros escolares, en medios de comunicación tradicionales y plataformas digitales son esenciales. La formación de todos como sujetos con capacidad crítica resulta también vital. Necesitamos un periodismo cultural más activo y profesionales de los medios en general con más ejercicio de la opinión y el análisis, para influir en mayor medida en la jerarquización de los artistas y sus obras, y en la formación de los públicos.

Es inevitable recordar al guerrillero Ernesto Che Guevara, también amante de la poesía, la fotografía y el arte en general, quien en un acto público realizado en La Habana el 7 de octubre de 1959, dijo que:

...es muy importante ir al rescate de la nacionalidad. Las naciones con cultura propia son pueblos que, sin desdeñar ninguna enseñanza en el mundo, las transforman y convierten en algo muy propio, con un sabor distinto, inconfundible.

La tarea de los poderes coloniales en todo el mundo ha sido siempre ahogar la cultura autóctona de la nación; destruir las creencias propias de un pueblo e inculcarle la cultura de su país de origen, sus costumbres, etc. Esa invasión la hemos sentido también en Cuba en todas las más diferentes ramas de la vida del país. Se pueden ver siempre las tentativas de los poderes coloniales por transformarlo todo, adaptan todo a su tipo mental, formas de vida y de organización.

Y luego hace una especie de comparación con lo militar:

En estos momentos en que la Revolución ha roto todos los viejos frenos del pasado, nos ha sido fácil romper la estructura del viejo ejército, no sólo en los hombres, sino en la estructuración, que será cubana, aceptando experiencias de todos los lugares del mundo en que un pueblo haya luchado en forma de guerrillas por su liberación.

En la cultura es mucho más difícil esa lucha porque las manifestaciones han sido más sutiles, porque no ha habido barrera fuerte que se opusiera a los conceptos culturales que los coloniales habían establecido como buenos, se permeabilizó la resistencia a la invasión cultural sin que apenas la gente se diera cuenta.

En la situación actual de Cuba influyen muchos aspectos desfavorables, incluida la deficiente infraestructura tecnológica y la difícil situación económica, que también repercuten en las posibilidades de proyectos audiovisuales y de radio de más calidad, en más películas, documentales y en el mayor alcance de las actividades artísticas, que deben ser siempre atractivas también en cuanto a las maneras de presentarlas.

La creciente emigración, incluidos diseñadores, periodistas, editores, ilustradores, directores de programas, sonidistas, locutores y otros profesionales de la comunicación y la cultura, es otro de los obstáculos en el camino que necesariamente debemos recorrer a favor de la nación.

En lo relacionado con el mundo digital sumamos que el posicionamiento de nuestros sitios web, páginas y perfiles es solamente natural, o sea, fruto del trabajo, sin la opción de poder pagar para mayor alcance desde Cuba, por eso resulta fundamental comprender mejor las dinámicas de las diferentes plataformas, conocer su funcionamiento y las maneras de llegar a sectores de internautas más diversos, a partir de lo atractivo de las publicaciones y alternativas para rebasar nuestras burbujas hipermediales.

El país enfrenta obstáculos adicionales. Rema desde hace décadas contra problemas de diversas índoles y recibe altas dosis de castigo por su herejía revolucionaria. Como parte del bloqueo económico, desde 1962 se le prohibió el acceso a las telecomunicaciones y a equipos de computación de cualquier compañía o subsidiaria estadounidense.

Tenemos mucho por hacer. Nuestra televisión, prensa escrita y radio deben actualizarse y lograr dimensiones de audiencia superiores, aprovechando nuevas opciones y soportes, lo cual resulta difícil en el contexto actual. Aquí ninguna página o perfil institucional en redes llega, por ejemplo, al millón de seguidores. A eso sumamos que muchos de esos contenidos suelen lograr débil alcance en otras regiones, y son consumidos casi totalmente por el público cubano, aunque resulta justo reconocer las buenas experiencias impulsadas en el sector de la cultura, especialmente a partir de las dinámicas impuestas por la Covid-19, con conciertos en línea y una presencia más intencional en el mundo digital.

Debemos continuar diseñando más y mejores campañas comunicacionales, muy relacionadas con el arte, para el público cubano y también para el exterior, realizar más alianzas con creadores y organizaciones de otras partes del mundo que nos permitan llegar más lejos. Como expresó el intelectual Ignacio Ramonet en un encuentro en Cuba, en los nuevos contextos incluso la verdad es cada vez más emocional. Es importante la ética, la sinceridad, los argumentos, pero también despertar sentimientos y emociones.

Resulta esencial formar una mayor conciencia crítica sobre las dinámicas y formas de funcionamiento de las redes, también sobre los audiovisuales y otros contenidos de la industria del entretenimiento, lo cual debe comenzar desde edades tempranas. Nuestros planes de estudio y todo el sistema de enseñanza en la nación debieran tener en cuenta esos elementos.

Necesitamos articular estrategias a nivel de país con ese objetivo, incluyendo el aporte de la mayor cantidad de personas posible, que incluya la formación general de los ciudadanos desde edades tempranas, planes de estudio en las escuelas y otras acciones en centros académicos y de trabajo, medios de comunicación, barrios y plataformas digitales, todo de manera natural.

El arte y lo mejor de la cultura cubana en general debieran estar muy presentes siempre en nuestras vidas, como también lo mejor de la internacional. No se trata de evitar totalmente formas de culturas extranjeras, hacerlo es imposible, sino de consumirlas con juicio crítico y plena conciencia del entramado que las acompaña.

Referencia

Las citas del Che corresponden a la versión taquigráfica del Discurso de Ernesto Che Guevara en acto público celebrado el 7 de octubre de 1959, en el Parque Central de La Habana, en la inauguración de la Feria auspiciada por el Ministerio de Educación.

Tomado de *La Jiribilla*

Halloween o el happy end del oprimido

AUTOR: MAURICIO ESCUELA

Hace unos días se dio una polémica en las redes sociales en torno a si Halloween, la famosa celebración anglosajona del día de los muertos, es o no penetración cultural. Para algunos, dadas las duras condiciones materiales en que vivimos, era un aliciente nada criticable el hecho de que se moviera un poco la felicidad y el jolgorio en nuestras calles. Para otros, hubo extrañeza, resquemor e incluso alarma.

Pero la virtud en tales casos está en buscar las aristas a partir de un análisis sin prejuicios que mire el fenómeno desde su esencia. El mundo se ha globalizado, no se puede determinar la entidad de ninguna nación sin tener en cuenta que, producto de la técnica, ya ningún sitio está alejado de otro, sino que las distancias se volvieron meras percepciones teóricas.

La realidad que hoy se impone a partir de la deslocalización de las identidades transforma cualquier noción que se tenga acerca de lo propio y lo ajeno, no solo porque existe una comunicación instantánea que ha borrado lo físico y lo ha resignificado, sino porque existen poderes fácticos que a través de la técnica misma se lanzan a la conquista de los significados o sea del sentido del mundo.

La Escuela de Frankfurt —y básicamente Theodor Adorno y Max Horkheimer—, se ocupó de las implicaciones del dominio de la técnica sobre la cultura a partir del surgimiento de la sociedad de masas a inicios del siglo xx. Quien lea la obra del filósofo Ortega y Gasset hallará cómo se trazan las pautas de un nuevo entendimiento de la vida en una cotidianidad que fabrica no solo pensamientos en serie, sino personas, las cuales actúan de una forma bastante parecida y predecible. Son los años en los cuales se hacen los experimentos de la filosofía conductista y surgen los estudios de comunicación de masas dirigidos al control social.

Se trataba de las décadas que enaltecieron a la radio como vía de encuentro y de propaganda, de publicidad; que por primera vez hacía que grandes cantidades de personas consumieran de manera instantánea y al unísono un mismo mensaje. No en balde coexisten en ese mismo lapso el fenómeno del fascismo y del ascenso del Tercer Reich alemán.

Sin la radio, sin los ministerios de propaganda, sin un estudio acerca de cómo manipular a las masas, los totalitarismos del siglo no hubieran sido posibles. En ese contexto, la Escuela de Frankfurt establece las pautas para estudiar lo que luego se conocería como la industria cultural, instrumento que

domina las significaciones y que posee un marcado diseño de clases sociales. Como mismo existen herramientas para aprehender y dominar la tierra, hay otras que se usan en el campo de las significaciones. La conquista del mundo en el siglo xx era cultural y apuntaba al campo de la política y del mercado.

Cualquiera diría que aquellos años están alejados del presente y que no existen pautas que establezcan puntos de coincidencia entre los dos contextos. Pero no es así. A lo largo de las décadas el diseño de la sociedad de masas no hizo otra cosa que perfeccionarse y hacerse más globalizado.

De la radio, que es un medio estático, al igual que la televisión, se pasó a Internet, en el cual el individuo además de consumir, crea contenidos. Es ese espejismo de la participación —salido de las nociones liberales de la política— lo que hace que las personas se sientan importantes y crean que lo que piensan o escriben se origina en su propia mente, cuando no es así.

Como parte del dominio de la cultura, la industria cultural conquista los deseos, las emociones, las aspiraciones y los sueños de las personas, transformándolas en entes sin identidad propia, con una conformación de valores poco autónoma. Usted no desea el carro, usted desea la sensación de tenerlo. Lo que se vende siempre es lo espiritual, pero se coloca por medio la materia devenida mercancía. Y es que las relaciones humanas están mediadas, en el capital, por relaciones enajenadas de producción y reproducción del mismo capital. De ahí bebe la Escuela de Frankfurt para entender los procesos de colonización de la cultura y de dominio global.

Este asunto de la cercanía más allá de lo físico fue visto por otro miembro de la Escuela de Frankfurt, Walter Benjamín, no ya como un elemento negativo en la construcción de sentido, sino como un acontecimiento consustancial a la modernidad. Las fronteras se borran en tanto el mundo cultural se conquista mediante la técnica. Las personas propician este fenómeno pues se impone un acercamiento. Lo sagrado, lo que parecía soberbiamente lejano, la autoridad, todo es tocado por la masa y de esta forma metamorfoseado en otra cosa.

De ahí surgen las llamadas mediaciones de la cultura que impactan en la conformación de los mensajes y del consumo en general. La hibridación entre lo culto y lo popular, propia de una era que borra los límites, no es un fenómeno ni bueno ni malo, sino un fenómeno en sí mismo, derivado del diseño de las sociedades de masas.

Pudiera incluso hablarse de una democratización con limitaciones del acceso a la cultura. Tal fue la idea original de Internet, pero más allá de las nobles aspiraciones de universalismo, de las cuales el propio Benjamín era un depositario, toda construcción de poder responde a un interés mayor de clase.

Y en la conformación de la cultura para el consumo masivo existen instrumentales, técnicas, que arrasan lo que es inocente y en apariencia autónomo

y lo recolocan en la línea ya sea del mercado o de la política con claros visos de parcialización.

Dicho de otra manera, los medios y las mediaciones poseen una dimensión de clase y, tal y como lo declara en su obra Jesús Martín Barbero, nada escapa a esa dimensión. El dominio de la cultura, como lo fue el del fuego o la conquista de un continente como el americano, conlleva un acto de barbarie y de atropello a la par que uno de globalización. Las nociones vinculadas al acto de «civilizar» a otra cultura van unidas siempre a la intención de dominio. De ahí que se hable de colonización o de recolonización.

La mayoría de los países del sur global que consumen lo que se produce en el norte global fueron en el pasado tierras subalternadas. Hay un remanente tanto material como espiritual que cumple una función de cómplice en el presente y que remite a los habitantes de tales sitios a una memoria de dominio extranjero.

Así, para determinados sectores en América Latina, esa recurrencia tiene que ver con cómo se percibe la cultura norteamericana como dominante y «mejor» que la propia y autóctona. Pero lo mismo acontece con otras excolonias y sus metrópolis. El pasado se blanquea constantemente mediante un bombardeo de productos en los cuales la significación, o sea la cultura, es víctima del dominio de una técnica bien engranada y que se expresa a través de productos comunicativos.

Esto genera una especie de disciplinamiento de las sociedades que se trasmite a través de dispositivos de poder, ya descritos por la sociología y los estudios científicos del siglo xx a partir de la obra de Foucault.

Las aglomeraciones humanas de la modernidad viven imbuidas en maneras de poder en las cuales se jerarquiza la cultura y el consumo, y ello determina a su vez una jerarquía social. No es que lo ideal, lo espiritual o la producción artística subyuguen las relaciones económicas, sino que poseen una relación tensa y de retroalimentación con la realidad, siendo una determinante de la otra de forma bidireccional.

Las sociedades del disciplinamiento sufren lo que Paulo Freire llamó pedagogía del oprimido, o sea una apropiación de la cultura a partir de una posición jerárquica de inferioridad. Ello no significa que el oprimido lo haga de forma consciente, incluso en muchas ocasiones ello ocurre como resultado de una búsqueda de placer o gratificación. En su libro *Pedagogía del oprimido*, de 1969, Freire define la penetración cultural como: «La que hacen los invasores en el contexto cultural de los invadidos, imponiendo a estos su visión del mundo en la misma medida en que frenan la creatividad y expansión de los oprimidos. Puede ser discreta o abiertamente y amenaza con eliminar la originalidad de la cultura invadida».

Entonces, ¿cómo entender la asunción a partir de la técnica, o sea de las redes y de dispositivos de comunicación de esta era, de los códigos culturales del consumo y de la jerarquización en torno a lo que se entiende como realización y felicidad? Una mirada al fenómeno desde un punto de vista responsable nos hace topar con elementos del dominio de la técnica sobre el pensamiento ya descritos por teóricos citados y que cuentan con el aval de la comunidad científica social.

Y no es que la respuesta ante un fenómeno inevitable de la sociedad de masas sea la censura, ni prohibir, ni etiquetar. Esto no es una cuestión moralizante, no se trata de un asunto para separar y clasificar seres humanos, sino que más allá se asume que la pedagogía del oprimido se aprende y se desaprende y que hay herramientas de la enseñanza a todos los niveles que se deben implementar para la desalienación de las personas y así propiciar una jerarquía del consumo que no caiga en las fórmulas del dominio colonizador. Dicho en otras palabras, la ciencia social existe para ser usada y la misma técnica que nos coloca en una situación de desventaja, se puede estudiar para revertir el mal.

Lo primero es asumir que no se puede cambiar el diseño moderno de la sociedad de masas ni mucho menos la deslocalización y la globalización como procesos consustanciales a la humanidad en este estadio de desarrollo. Hay que jugar en ese terreno y aprender sus reglas. Lo segundo, que se trata de la mente de personas, o sea entes investidos de derechos y no cosas, lo cual hace mucho más complejo el aprendizaje de técnicas de liberación, ya que se requiere de un trabajo consensuado a nivel ético individual y grupal.

Las manifestaciones en América Latina de educación popular evidenciadas en diferentes contextos buscan usar los códigos locales y jerarquizarlos como válidos en un proceso de negociación de valores. La ingeniería social opera a niveles propicios y alcanzables para personas que no tienen el acceso a la cultura requerido para entender cómo opera y su instrumentalización por parte de los poderes fácticos. Por ello, la pedagogía de libertar al oprimido debe partir del oprimido mismo, dándole a conocer que su identidad y valores no son menos ni están por debajo de los que se adquieren mediante el consumo. Así se comienza un empoderamiento de las comunidades que va hacia lo emocional, pero que es capaz de racionalizar en la justa medida conceptos claves.

Claro está, la reversión es solo parcial y moderada. No se puede salir de la sociedad de masas, sino convivir con sus elementos alienantes de forma activa y transformadora. Para el individuo subalternado no hay otro camino que el aprendizaje en su contexto de una pedagogía adaptada a ese tiempo y lugar. Eso es lo que lo llevará a un consumo más o menos activo.

¿Por qué las personas se suman a la campaña en torno a la denuncia de la fecha del 12 de octubre y ven con buenos ojos Halloween? Mientras que

el tema de la conquista de América se ha usado desde diversas aristas, la celebración anglosajona es un claro ejemplo de cómo se vende la sensación de felicidad más allá del producto en sí mismo.

Si el 12 de octubre es, en efecto, un acontecimiento que hay que analizar con ética y reconocer las consecuencias nefastas para los pobladores del continente; no es menos cierto que de ese proceso salió una identidad que al norte global le interesa aplanar y desaparecer en términos de dominio cultural: la del sur.

El terreno de la cultura es un área en disputa en la cual se puede usar la leyenda negra española en contra de un ente legítimo hispanoamericano que posee su lado reivindicador a partir de la producción de sentido y de la apropiación de la historia por parte de los pueblos más allá de las élites.

Pero mientras una fecha como el 12 de octubre tendría que debatirse y analizarse, Halloween es más conveniente en términos de dominio pues se presenta como algo que solo hay que celebrarlo, sin mayores cuestionamientos. Así es como se produce el dominio y se afianza la pedagogía del oprimido.

Tras la frase «Nada que celebrar» muy común en torno a la fecha del 12 de octubre, se esconde una cancelación del debate que no opera en el sentido de la liberación ni del conocimiento del pasado y que incluso niega el legado de imbricación entre el hispanismo y los pueblos originarios. Por contraste, se nos pide celebrar Halloween acríticamente, solo porque nos trae una «felicidad» fácil y sencilla, una que se basa en parecernos a quienes son «mejores», más «fuertes», y por tanto «felices».

Un análisis del discurso en las redes sociales nos trae la presencia de estos manejos de significantes tras los cuales se esconde una construcción de poder interesada, como dijo Freire, en negar, en constreñir la identidad y la cultura del oprimido, a la vez que se le impone la visión ideológica del opresor. Se opera por saturación o por cancelación, dejándonos pocas opciones y casi ningún debate.

Una de las vías a través de las cuales se ha querido negar todo el proceso ha sido la de banalizar la colonización cultural y verla solo como un tema de modé que no aporta a los elementos más acuciantes del instante que se vive. Se habla de una materialidad que está en crisis y de la necesidad de un escape lúdico que exprese de alguna forma y sublime el dolor de las personas. Esa vía conduce al falso concepto de que la colonización cultural no existe o que se trata de un debate teórico para una parte de la academia, pero que no posee una concreción exacta a través de mecanismos de disciplinamiento. No hay que decir entonces —según estas personas— que los efectos son alienadores, sino reconocerlos como parte del contexto globalizador. Y hasta ahí, lo cual es insuficiente.

Halloween posee un origen noble y tradicional en la cultura celta, pero la sociedad de masas y sus dispositivos de poder son innegables. No se puede obviar lo que sucede en la cultura y su jerarquización de cara a la humanidad. Se puede entender la naturalidad de adquirir hábitos de otras latitudes, pero no el acriticismo de algunos líderes de opinión que no están propensos a aceptar un debate serio en torno a estos procesos. Precisamente las redes banalizan, cancelan y niegan todo aquello que quiera establecer un discurso racional que diseccione y amenace las narrativas.

No es tan sencillo, ni se trata de una película con buenos y malos y un *happy end*. El aprendizaje de la libertad y su implementación es todo un dispositivo complejo que conlleva años, esfuerzo y voluntad. Quizás Halloween nos esté brindando el marco propicio para entenderlo.

Tomado de *La Jiribilla*

¿Qué significa que haya un nazi en el Halloween cubano?

AUTOR: MAURICIO ESCUELA

A un año de los sucesos en un parque de Cuba en los cuales un grupo de jóvenes se disfrazó de miembros del Ku Kux Klan con motivo de la celebración de Halloween (totalmente ajena a la tradición cubana), vuelve a darse otro incidente en un establecimiento en el cual se hacía un concurso. El ganador, ataviado con el uniforme nazi, hizo un saludo fascista hacia el público en gesto triunfal. En su brazo, un pañuelo rojo hacía el remedo de la esvástica.

El hecho recorrió las redes sociales y se hicieron sentir las voces de condena. Los sistemas totalitarios del siglo xx construyeron un infierno de terror y de exterminio para millones. La banalización, llevada al extremo de un certamen de disfraces, no repara en la profunda indignación que algo así debería levantar en personas decentes e informadas.

Una nota institucional tuvo el acierto de dar a conocer investigaciones y el cierre del local. Además, hubo un pronunciamiento de dicha autoridad en torno a los discursos de odio y las apologías a formas de gobierno que han atentado contra la vida y la integridad de las personas. Hasta ahí, parece zanjado el asunto. Pero quedan agujeros negros que llaman la atención de no pocos usuarios que participan del debate en las redes y que ya están al tanto de los reiterados sucesos en torno a Halloween en Cuba.

Como ya ha trascendido en varios espacios y medios de comunicación, no es posible, dada la porosidad generada por la globalización y las nuevas tecnologías, evitar que exista un trasvase cultural de ciertas tradiciones externas hacia el territorio nacional. No es eso lo que se cuestiona, pues sería como tratar de contener el viento con las manos. El asunto acá es la respuesta que se le da a los sucesos y que no profundiza en aspectos a nuestro juicio medulares.

En primer lugar, todos los incidentes relacionados con discursos de odio que han activado el debate en torno a la colonización cultural tienen que ver con Halloween. Puede ser que la búsqueda escatológica del miedo, de lo grotesco e incluso de lo agresivo, haya puesto su grano de arena en ello. Pero más allá del componente emocional, habría que ver cómo las dinámicas del mercado construyen significaciones que atraviesan los procesos de la construcción de lo simbólico colectivo en Cuba.

Si la meta de los disfraces de Halloween es transgredir, ir a lo prohibido, retar a lo establecido (en materia de lenguajes estéticos), ¿quiere eso decir que todo vale y que no existen licencias para el uso de los códigos?, ¿a qué rebe-

lión se está aludiendo cuando se usa un traje del Ku Kux Klan o del nazismo? Estudiar cómo entienden nuestros jóvenes estas dinámicas propias de la edad es trabajo de centros de estudios que existen en nuestro país y que deberían no solo acercarse a los fenómenos, sino publicar el resultado de sus encuestas e indagaciones.

Por otro lado, está una vez más el componente de las redes, que se ha transformado en una especie de mecanismo accionador de las instituciones. ¿En serio hay que esperar a que los hechos negativos vayan a Internet para que se les dé la interpretación y la respuesta desde las instancias de autoridad?, ¿no hay un sistema cultural de prevención, que conoce los códigos, los maneja, los regula y los jerarquiza? Mientras sea Facebook el muro de las lamentaciones, la forma de actuar será la del apagafuegos que echa un chorro de agua y tras el incendio se va a otra cosa.

No son las redes sustitutivas de las instituciones, ni pueden asumir el trabajo dedicado, especializado, que requieren los públicos y sus formas de consumo. No se ha hablado por gusto en los medios de comunicación de la colonización cultural, que más que una categoría o un término, alude a los símbolos movilizadores de masas que son capaces de impactar en la formación de conciencia y de conducta, y por ende en los destinos de una sociedad y sus miembros. Fenómeno que es por demás inevitable y con el que hay que convivir. O sea, no es ni será jamás un debate cerrado. De ahí que dejar que sean las redes el tribunal moral de nuestras ausencias y vacíos institucionales sea tan riesgoso.

El debate en torno a la colonización cultural no debe ser un simple enunciado del que nos acordamos cuando vemos sus consecuencias más nefastas. Hemos sido permisivos con formas en apariencia menos escandalosas, le damos paso a comportamientos que son justificados constantemente desde posiciones de mercado e intereses. El resultado no puede ser otro que una escalada en la cual los valores se van invirtiendo hasta ser algo totalmente contrario a lo que se había construido como sociedad desde la ley o desde la moral. Signos como el del poder a toda costa, la supremacía racial, el hombre de éxito y la competitividad desleal pueden ser figuras que en los espacios privados y públicos depauperen los consensos y generen maneras de consumo que no conducen al debate, sino a su desactivación.

Se ha encerrado el asunto en academias, en posgrados y tesis de ciencias políticas, pero no se saca a la calle, no se hace potable a una mayoría que vive el proceso del interaccionismo simbólico colectivo. La primera crítica debe ser hacia nosotros como sociedad e instituciones, que no poseemos mecanismos eficientes de prevención. Y es que los valores, a pesar de tener una existencia inmaterial, no son restituibles una vez perdidos.

Recuerdo con mucho pesar cómo a mis 35 años existen formas de pensar y de conducta que eran muy propias de mi generación y que dieron paso a otras del presente. No digo que una cosa sea mejor que la otra, pero esa transi-tividad da a entender cómo los seres humanos somos organismos de significa-ción que no siempre vamos a aceptar las mismas cuestiones como morales ni a seguir paradigmas inamovibles. Participar desde la responsabilidad en cómo se conforman los imaginarios y no dejarlos en manos de la improvisación ni mucho menos de los intereses va a hacer que no se pierdan esencias o al menos que la prevención esté más alerta ante la ocurrencia de sucesos.

La sociedad vive momentos difíciles. Ha habido un repunte de hechos lamentables de violencia, que tienen su punto de partida en lo simbólico entre otras dimensiones. Lo preocupante es que los temas a tratar no están desliga-dos, sino que tendrían que formar parte del mismo debate en torno a cómo entendemos este instante de nuestra historia y qué vías usamos para subsanar sus males. De lo que sí muchos estamos convencidos es de que una simple sanción, un local cerrado o una medida de salvamento temporal no constru-yen sentidos perdurables.

Hay que comprender la totalidad de las cosas para que sean arreglados los asuntos que realmente nos interesan a todos. He ahí la dimensión del suceso simbólico que tendría que estar en el candelero y conformar las tareas preven-tivas en lo cultural en cuanto a consumo, a ocio. Un nazi levantando su mano era impensable hace años, ahora ocurre. Lo mínimo que podemos hacer es reflexionar seriamente.

Tomado de *Cubahora*

La ineludible responsabilidad de los intelectuales

AUTOR: ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

Dos personas de avanzada edad conversaban en una cola, y la inevitable cercanía me obligó a escuchar: «cuando esto sea ya capitalismo, todos podrán viajar a cualquier país», dijo uno de ellos. No es el único disparate que he escuchado en estos tiempos, y como respeto al lector de estas líneas, su inteligencia, ni siquiera rebatiré esa afirmación. La línea discursiva de la contrarrevolución es bidireccional: el gobierno cubano avanza sigilosamente hacia el capitalismo; el gobierno cubano se resiste a avanzar hacia el capitalismo. El propósito, sin embargo, es unidireccional: hacer que el país se despeñe en el acantilado del capitalismo. Pero los que conversaban en la cola, probablemente, estaban atrapados en el «triángulo espiritual de la muerte»: la caída de sus referentes de vida, la precariedad de sus pensiones y el bombardeo mediático que los alcanzaba de manera directa o indirecta, a través de familiares, amigos o vecinos.

El bloqueo recrudecido empieza a cumplir su función real: hacer que la gente culpe al gobierno y al socialismo de sus dificultades. Algunos hablan de bloqueo «interno», pero a veces no es posible distinguir si se refieren a los burócratas que impiden la renovación del socialismo, o a quienes impiden el advenimiento del capitalismo. Cabe recordar las recientes palabras de Díaz Canel: «Aquí tenemos dos alternativas: resistir creativamente y como se dice en buen cubano guapear y salir adelante con nuestro esfuerzo, con nuestro talento —que yo creo que es lo más digno, es lo más revolucionario— y lo otro sería rendirnos».

No es el caso de mis pensionados de la cola, pero hay personas cínicas — porque tienen los conocimientos adecuados para discernir— que anteponen su interés individual al de la Patria, lo que significa decir, al de sus vecinos, al del resto de sus conciudadanos. Y lo más indignante es que hablan en nombre de ellos.

El Capital conoce la importancia de las imágenes en movimiento, sean las del cine clásico como las del actual audiovisual en su diversidad de formatos. Cuando los cineastas de Hollywood, en los años cincuenta del siglo pasado, empezaron a moverse en la dirección «equivocada», es decir, en defensa de la verdad y de la justicia, el imperialismo hizo su pase de lista, encarceló o expulsó a los rebeldes, golpeó sus carreras artísticas y sus ganancias monetarias, hasta lograr que los más débiles o los más cínicos «entraran por el aro», arrojados por la fama y el dinero. Hoy la más importante industria reproductora

del imaginario capitalista/imperialista, y sus «estrellas» son activos reproductores de sus valores. Los que se salen del guion sufren impredecibles caídas, llámense Harry Belafonte, Danny Glover o Susan Sarandon. Pero esta es una verdad de Perogrullo.

Sin embargo, han conseguido que intelectuales cubanos, jóvenes y no tan jóvenes, reclamen con supremo cinismo la democracia y la libertad burguesas, dos conceptos que hoy deambulan como fantasmas en las redes y en las calles del planeta, vacíos de contenido. Serán premiados con la fama y el dinero del Poder Global. O no, porque a veces el imperialismo se torna avaro, quiere maximizar sus ganancias y desprecia a quienes le sirven. Algunos de ellos se declaran revolucionarios, pero se unen y se subordinan a los que quieren derrocar la Revolución. Por ejemplo, cito a uno (omito el nombre, porque lo que me interesa es la idea): «la Asamblea [de Cineastas] es un ente diverso en términos ideológicos. Hay a quienes no les interesa la revolución y hay también revolucionarios. Los une el cine». A ellos, a Joseph McCarthy y a John Edgar Hoover, los une el interés por el cine; y al Departamento de Estado, y a las Embajadas occidentales en La Habana. El cine anticomunista, el que enfrente o desmienta a la Revolución, por supuesto.

Pero también al Gobierno revolucionario (y al pueblo de Cuba) le interesa el cine: su primera ley cultural, en 1959, fue la creación del Icaic, que estimuló el surgimiento de una cinematografía de arte (que no existía en el país), políticamente comprometida con una Revolución que es la mayor fuente de democracia y de libertad para el pueblo. ¿Tengo que decir lo obvio, que el cine no son solo imágenes audaces en movimiento, como (se) defendía Leni Riefenstahl, la cineasta de Hitler? ¿Que el cine refleja la realidad, es cierto, pero también la construye? Hoover —o sus epígonos cubanos de Miami— no estimularían la producción en Cuba de películas como *El hombre de Maisinicú*, *El brigadista* o *Clandestinos*; como *Lucía*, *La última cena* y más recientemente *Inocencia* o *El Mayor*, entre muchas otras.

La historia es el fundamento de cualquier proyecto de nación. Los cineastas (los seres humanos) pueden claramente definirse por su toma de posición ante esta: milicianos o mercenarios —no existe punto medio en Girón—; Batista o Che Guevara. Los que toman la narrativa revolucionaria y los que prefieren la que promueve el imperialismo. Porque uno de los objetivos expresamente diseñados por nuestros enemigos es la deconstrucción de la historia revolucionaria. La complejidad de toda realidad no reside en los opuestos, pero toda complejidad se resuelve desde uno de los dos polos en disputa.

Quieren dinamitar las instituciones que hasta ayer los promovieron y encumbraron, que gestó la cultura cinematográfica o artística de creadores y público en general. Un Festival espurio en el exterior intenta suplantar o al

menos, desacreditar, al de la Revolución, al que fundaran Alfredo Guevara, Tomás Gutiérrez Alea y Julio García Espinosa, al que ubicó a Cuba en el mapa cinematográfico latinoamericano y mundial. No es una convocatoria de arte, es una acción política. No pretenden contribuir al enriquecimiento espiritual de la nación, sino a la campaña mediática contra la Revolución. No se defiende la libertad de creación, sino la libertad de un cine que, en muchos casos con financiamiento del Estado revolucionario, pretende desacreditarlo y destruirlo. ¿Se prestarán también a la maniobra los que se autoperciben como revolucionarios? En esta reflexión no hablo de las fuentes del dinero (dejo eso a otros comentaristas), lo que me importa es esclarecer las intenciones, y la necesaria toma de posición. Los mismos que intentan hoy golpear al cine revolucionario, intentaron hace pocos años convocar a una Bienal de Artes alternativa a la que con mucho esfuerzo y calidad organiza la institucionalidad cubana.

En estos días, muchos nos preguntábamos cómo era posible que los argentinos votaran por un payaso ultraconservador y neofascista que venderá el país y acrecentará las diferencias de clase. Y leía con estupor que la contrarrevolución cubana asentada en Miami consideraba su triunfo en Argentina como una «buena noticia». Los cubanos que supuestamente defienden «la democracia» burguesa, tienen los más insólitos aliados en el mundo: los antidemócratas Trump, Bolsonaro, Milei, el asesino Benjamín Netanyahu ... En España y en los Estados Unidos es la derecha neofascista la que recibe y ampara a nuestros intelectuales disidentes. He hablado de cinismo, porque no se me ocurre otro calificativo, aunque sé que este nace de la ignorancia o de la absoluta pérdida de fe. No lo empleo para ofender, sino para ser exacto: los intelectuales a los que me refiero no son ignorantes, ni estúpidos. Entonces, ¿qué esperan?, ¿a qué aspiran? Sabemos dónde comienza este camino, pero no dónde termina. Y la Revolución (el pueblo) tiene derecho a defenderse.

Una mirada descolonizadora al análisis sociológico de las instituciones culturales

**AUTORES: MAIBELÍN CARRASCO PÉREZ
DORIS TERESA MADRUGA TORRES
HÉCTOR GONZÁLEZ PÉREZ**

Introducción

La cultura deviene un sistema signifiante que alude a relaciones que se establecen con el resto de la sociedad. Estas relaciones dan cuenta del rol de las instituciones culturales, sus prácticas, tensiones y rupturas, por lo que constituyen interés para la ciencia sociológica, preocupada por la producción y reproducción del sistema social. Un enfoque integral de la cultura requiere de nuevos tipos de análisis social de las instituciones; de los procesos de la reproducción cultural y social, de los procesos de reproducción institucional interna, de las formaciones específicamente culturales y de las relaciones existentes entre estas, las instituciones y los medios de producción cultural; así como de las condiciones de asimetría que a nivel social se generan a partir de las rupturas existentes a nivel institucional. (Williams, 1994).

Los procesos de reproducción institucional interna están directamente relacionados con la manera en que se asume el concepto de institución. En tal sentido este análisis sociológico pretende profundizar en cómo se ha ido moviendo el concepto de institución, y su relación de coexistencia con la disposición y funcionamiento de las instituciones culturales, en función de la comprensión del correlato entre Gestión cultural, Instituciones culturales y Política cultural, particularizando en el vínculo entre tales instituciones, y los Programas de Desarrollo Cultural (PDC) como herramientas para desarrollar la gestión cultural, en tanto medios de acción social.

Desarrollo

La Sociología de la cultura ha venido desarrollando en los últimos setenta años —desde la Escuela de Birmingham hasta los estudios latinoamericanos de la relación cultura y poder— un corpus de indiscutible valor instrumental que es tomado en consideración para abordar los análisis del funcionamiento de las instituciones, la producción cultural, la creación, el consumo, los

conflictos, el control y tensiones que en su conjunto marcan pautas en los actuales escenarios de desarrollo de las culturas locales.

La Escuela de Birmingham aspira a comprender y explicar la articulación entre clase social y práctica cultural con una mirada que trasciende lo socioeconómico. A pesar de que el grupo y sus obras son de los años cincuenta, se institucionaliza aproximadamente diez años más tarde, en torno al Center for Contemporary Cultural Studies de Birmingham, Inglaterra, fundado en 1964 por Richard Hoggart. Entre los padres fundadores, además de Hoggart, se encuentran Stuart Hall, Edward Thompson y Williams Raymond, todos provenientes de las clases más bajas de la sociedad (razón por la cual estudian principalmente estos sectores). Realizan un análisis de la cultura desde la estructura social. Utilizan teorías de alcance medio, poco positivistas, tienen preferencia por los medios cualitativos, y son bastante más empíricos que la teoría cultural europea. Influencia de la teoría de la hegemonía de Antonio Gramsci. Primeros en reconocer las incidencias de la cultura en los hechos sociales.

El mapa conceptual de los estudios de la relación cultura y poder, como lo llamó Daniel Mato, es amplio y profundo. Es un campo de conocimiento diverso y plural que ha trascendido las geografías de Latinoamérica. Las figuras más representativas son sin dudas Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Renato Ortiz, Daniel Mato. Sus trabajos y contribuciones enriquecen a la Sociología y devienen importantes asideros para los estudios de los procesos culturales.

En un primer acercamiento la institución ha sido entendida como un complejo de normas y valores institucionales. Ha sido definida también como sistema de relaciones interactivas, con un grado suficiente de regularización. Otra definición de institución la considera tanto estructura cultural, como sistema de relaciones interactivas y sistemas sociales (Smith, 1961).

Por otro lado, el concepto de institución ha agrupado las consideraciones en términos de estructura cultural (Martínez Tena y Expósito García, 2011), relaciones interactivas y objetos materiales que se refieren a la institución social como un proyecto organizado de las actitudes y los comportamientos de los miembros de un grupo que resalta en forma de figura sobre el campo cultural.

Se añade la noción de que las instituciones agrupan ciertas expectativas y concepciones de misión, valoradas como complejo de integrados de misión institucionalizados (o estados-relación) (Smith, 1961).

Los diferentes conceptos aportados por la ciencia sociológica logran apuntar elementos particulares que desde el presente estudio se reconocen en situación de coexistencia en la organización, disposición y funcionamiento de las instituciones culturales.

Otro acercamiento refiere que la institución también es considerada como unidad sociocultural con obligatoriedad o sanciones, en la que son importantes los elementos cognoscitivos, y los símbolos, objetos materiales y rasgos materiales de la cultura popular (Martínez Tena y Expósito García, 2011).

También se coloca a la institución cultural como recurso para el desarrollo de los procesos intelectuales que se reflejan posteriormente en las actitudes y comportamientos sociales de los implicados, y en su capacidad de crítica, de participación (Montenegro Valenzuela, 2011).

En este caso, se ofrecen pertinentes criterios sobre la gestión de esta institución cultural; a pesar de ello se considera no formal el aprendizaje que se realiza desde la institución cultural; y formal, el aprendizaje de la institución escolar. Sin embargo, la institución cultural desde una de sus principales herramientas de gestión, los Programas de Desarrollo Cultural, cuenta con una normatividad de total formalidad, como instrumento para gestionar la política en este campo. A pesar de esta valoración significativa que tiende a hacerse sobre la contribución educativa de las instituciones del sector de la Cultura propiamente dichas, se evidencia que la limitación de su rol a la «informalidad» contribuye a subestimar esta capacidad formativa y a desestimular las acciones escolares en este sentido.

Sería imposible un análisis de las instituciones culturales sobre bases sociológicas, sin advertir el estado del vínculo entre ellas, su gestión y las herramientas para desarrollarlas, en tanto medios de acción social. Resulta un referente importante la consideración de la institución como modelo de relaciones sociales de acción reguladora que establece un condicionamiento para la realización práctica de los proyectos que desde ella se desarrollan, y otros con los que se vincula. Su existencia permite a los sujetos implicados contar con una pluralidad de pautas de rol interdependientes que dan estabilidad, seguridad e integración a la sociedad, pues definen toda una red de expectativas recíprocas de comportamiento indispensables para el funcionamiento de esta (Alonso Freyre, 2021)

La Sociología advierte que en la base de los procesos desintegradores se suele apreciar un debilitamiento de la acción institucional cuando las relaciones establecidas en su espacio entorpecen la actividad para la cual la institución debe servir como instrumento social: el control y la normatividad. En estos casos suelen evidenciarse disfunciones en el funcionamiento institucional que ocasionan un extrañamiento en sus integrantes, en cuanto a su condición de miembros hasta que se produce la ruptura del vínculo institucional (Martínez Tena y Expósito García, 2011; Alonso Freyre, 2021).

Para la Sociología de la cultura, la institucionalización permanente constituye una regularidad. La sociedad es funcional, sus instituciones regulan la

acción social como instrumentos que permiten la realización de un proyecto, lo que a su vez le permitirá a este avanzar, enfrentar retos, así como enfrentar a adversarios con propuestas alternativas, a partir de la diferenciación social. Estos medios establecen también un condicionamiento sobre el proyecto, pues apunta a considerar los instrumentos que hacen posible llevar a vías de realización los fines propuestos (Alonso Freyre, 2021).

Esta concepción corrobora la idea manejada en el presente estudio respecto a las implicaciones de la inadvertencia de la normatividad que implican los instrumentos de gestión desde las instituciones culturales como medios de acción social, en este caso los PDC.

Al mismo tiempo es oportuna la concepción de institución cultural, cuyas funciones deben dar cuenta de la intención reivindicativa de la cultura, si se relaciona con los asideros simbólicos establecidos que hacen posible su realización; y cuyo rol está vinculado a la transmisión de valores en función de asegurar identidad. (Basail y Álvarez, 2004). La institución, en su sentido cultural, reproduce social y culturalmente al sistema; funge como reguladora de las relaciones sociales de intercambio consciente, y fuente de representaciones simbólicas. (Basail y Álvarez, 2004).

Los autores del presente estudio sugerimos el análisis de la institución a partir de su función mediadora significativa, pues en su funcionamiento se da una relación entre diferentes agentes del campo cultural (artistas profesionales y aficionados, promotores culturales, funcionarios y directivos, personal docente, especialistas con la función de diseñar y evaluar los procesos culturales, instructores de arte, promotores naturales, líderes comunitarios. El rol y tipos de estos agentes pueden variar en dependencia del perfil de la Cultura de que se trate. La pertinencia social de la institución cultural y las pautas culturales que define, dependen del estado de particulares relaciones o vínculos: relación institución-público interno; relación institución-público externo; institución-artista; institución-otras instituciones de la estructura cultural en la que se desarrolla; e institución-agentes institucionales y no institucionales ubicados fuera de la estructura cultural, implicados en ofertas y servicios culturales e implicados en la aplicación de la política cultural.

La institución cultural desde su misión o encargo social, materializa las dimensiones de la gestión cultural y, al mismo tiempo, tipifica el perfil de dicha gestión dentro del complejo de misiones que asume la estructura de instituciones culturales que componen el sistema social de la Cultura (vinculado a prácticas culturales directamente significantes o específicas de la Cultura). Tal configuración, estructura y funciones, quedan delimitados desde la normatividad que implican los Programas Culturales a nivel nacional, regional, local, y a nivel de cada institución que forma parte del sistema;

en tanto instrumentos de gestión, medios de control cultural y acción social, y expresión de la política cultural que debe propiciar la concreción de esta.

Se enfatiza en la necesidad de establecer las diferenciaciones sociológicas pertinentes para dar cuenta de las dinámicas de relaciones artista-institución y redimensionar la gestión de las instituciones culturales en este nuevo escenario de densidad social y simbólica. Es importante desde la gestión de las instituciones culturales la distinción que implica el tratamiento a las jerarquías artísticas, como fin de la política cultural.

La reflexión y los análisis sociológicos apuntados permiten advertir la complejidad de la organización social de la cultura y cómo esta excede los marcos de la institución cultural; se extiende a áreas diferenciadas, pero conexas, con tales instituciones culturales, en tanto efecto de los procesos de producción y reproducción cultural. La institución pensada desde la cultura ofrece otras relaciones que se conectan con políticas de desarrollo, actores y otros sistemas de instituciones, entre ellas, jurídicas, económicas, políticas.

El mayor reto que pudiera hoy plantearse para las instituciones de la cultura es contrarrestar la colonización cultural, es consolidar su gestión en aras del vínculo en la tríada POLÍTICA CULTURAL-GESTIÓN CULTURAL y PDC, en tanto este último es expresión de la política, y la política es en sí misma todo un proceso para neutralizar las manifestaciones de colonización cultural, lo cual implica desarrollar y gestar los procesos culturales que tienen lugar en distintos perfiles del quehacer cultural, y desde las diferentes dimensiones de la gestión cultural, sostener la identidad, la autenticidad y el sentido de pertenencia de las comunidades. La política es en sí misma la principal vía para enfrentar la colonización (Carrasco, Pérez, 2021).

Uno de los programas especiales que se instrumenta desde el PDC es el de Sembrar ideas, sembrar conciencia o Programa contra la colonización cultural, según el cual deben privilegiarse actividades culturales y acciones que promuevan lo más auténtico de la cultura cubana, de las culturas locales, de su patrimonio cultural, y que garanticen la reproducción cultural de prácticas identitarias de la cubanía. No obstante, todo el PDC como principal expresión de la política cultural es herramienta descolonizadora, y su materialización en los entornos locales se convierte en rol y función esenciales del sistema de la Cultura. Las relaciones entre Gestión Cultural, Política Cultural y PDC tienen una incidencia directa en la educación ciudadana, en la consolidación de identidades, y en la estructuración de consumos culturales.

Esto exige una mirada de atención particularmente cuando se analiza la institucionalidad de la Cultura en Cuba desde el año 2017, pues se evidencian con gran fuerza nuevos cambios socioculturales importantes para la política cultural en el contexto nacional, y que determinan la necesidad de atender

con prioridad el PDC. Es por ello que se propone una nueva concepción de este en su proyección desde las prioridades del Mincult en esta etapa, que coincide con el afianzamiento del Trabajo por Cuenta Propia y con la intencionalidad hostil en el orden ideológico-cultural, orientada y sustentada desde el exterior, con fuertes implicaciones en la cultura y sus prácticas, lo que indiscutiblemente provoca la complejización de la gestión cultural.

Nos encontramos en un nuevo momento y desafío para la política cultural, la que desde las instituciones culturales puede haber experimentado cierta desestabilización debido a que la estructura del campo cultural se torna compleja, ante la entrada a él de nuevos agentes con implicaciones en la promoción y comercialización de productos y servicios culturales, representados por actores estatales fuera del sistema de la Cultura y actores no estatales. Estos imponen demanda de gustos e intereses que muchas veces no responden a la política cultural, por lo que a nivel social se generan progresivas asimetrías a través de prácticas «culturales» que se suscitan en el escenario comunitario, muchas de las cuales dan cuenta de banalización y vulgarización de la cultura. Importantes reflexiones de la intelectualidad cubana y de académicos, ayudarían a una mejor comprensión de la necesidad de reorientación de la gestión cultural de las instituciones culturales.

En este sentido se desarrollan espacios de análisis de la gestión de las instituciones culturales que evidencian la extensión significativa de la esfera de actuación del concepto de política cultural hacia sectores públicos y privados, con la correspondiente necesidad de una conciencia crítica desde la intelectualidad y la dirección del país, respecto a la urgencia de movilizar la gestión de las instituciones culturales.

Se formulan los conceptos de guerra cultural y simbólica, y de tarea descolonizadora. El primero, asociado a la guerra no convencional; a los sutiles o declarados intentos de colonización cultural y de desvirtuar los asideros simbólicos y de sentido identitario e histórico, culturalmente significativos para el pueblo cubano con el fin de resquebrajar el sistema político (Martínez Heredia, 2016); (Prieto, 2016 y 2016). El segundo, corresponde a la proyección de acciones concretas relacionadas con el enfrentamiento de esa guerra, con la defensa de la cubanía; y de enunciar la necesidad de lograr una mayor coherencia en la aplicación de la política cultural, a partir de la articulación de actores en función de la aplicación de una política cultural única (Mincult, 2017).

Unido a ello se reconoce la importancia de la real integración de las instituciones del sistema de la Cultura, para favorecer una mayor calidad de la programación cultural y trabajar desde esas instituciones con los distintos actores implicados en la formación de públicos, a partir de pautas encaminadas a la

promoción de un gusto estético. Hay un reconocimiento de determinantes y mediaciones sociales, dados por la complejización y contradictoriedad de la sociedad, la movilidad social, el auge de las nuevas tecnologías generadoras de accesos a la cultura en unos casos; pero en otros, deformadoras del gusto estético. La gestión cultural se implementa con un descuido hacia lo macrosocial, por lo que evidencia pérdidas en cuanto a su sentido público, al no lograr involucrar los actores que se mueven en los diversos entramados donde se aplica, ante las asimetrías que su lentitud e ineffectividad genera en términos de relación social, lo que devela la debilidad desde las instituciones para aplicar dispositivos que articulen la gestión cultural de las instituciones con esos espacios públicos.

En este sentido se desarrollan espacios de análisis de la gestión de las instituciones culturales que evidencian la extensión significativa de la esfera de actuación del concepto de política cultural hacia sectores públicos y privados, con la correspondiente necesidad de una conciencia crítica desde la intelectualidad y la dirección del país, respecto a la urgencia de movilizar la gestión de las instituciones culturales. Los informes del VIII y IX Congresos de la Uneac; así como documentos contentivos de reflexiones de intelectuales como Graziella Pogolotti (2016), Fernando Martínez Heredia (2007), Desiderio Navarro (2007), entre otros; así como intervenciones de figuras políticas del país, han evidenciado la preocupación por el estado actual de las instituciones culturales para facilitar la aplicación de la política cultural.

La gestión cultural tiene el desafío de implementarse con una responsabilidad hacia lo macrosocial, a partir de lograr involucrar los actores que se mueven en los diversos entramados donde se aplica, ante las asimetrías que su lentitud e ineffectividad pueden generar en términos de relación social. Urge inexorablemente que las instituciones apliquen dispositivos que articulen su gestión con los espacios públicos.

Desde la normatividad y el control que ejercen las instituciones de la Cultura, es posible revisar el funcionamiento de los medios institucionales empleados en cuanto a su capacidad de acción instrumental para alcanzar los fines propuestos en la política cultural. Es aquí donde radica la contribución de la Sociología de la cultura, en dar cuenta de las asimetrías que se revelan en los procesos de socialización. La institución constituye también un universo simbólico que establece códigos de pertenencia a un sistema de regulaciones —ministerios, red de instituciones— sobre la base de privilegiar la socialización de valores, normas y de ejercer el control en el funcionamiento y cumplimiento de políticas. Desde esta mirada, la cultura se nos presenta como un sistema de control social mediada por la institución, que supervisa, evalúa, fiscaliza las acciones sociales.

Los acercamientos sociológicos hechos contribuyen a sostener la pertinencia de una teoría intermedia desde las nociones de institución, norma, control y ruptura para explicar los procesos de la gestión de la cultura, precisamente, desde la institución. Se entiende por institución a la estructura cultural donde la normatividad —funcionalidad—, el control cultural —seguimiento, monitoreo y evaluación de la práctica cultural institucionalizada—, los conflictos y rupturas —desajustes, superposición, asimetrías—, conforman una unidad de relaciones que reproducen maneras de instrumentar políticas de desarrollo.

Conclusiones

La institución cultural actúa como mediador y contenedor de los procesos de socialización, del control social sobre el ejercicio de la cultura para mantener el orden establecido y favorecer el desarrollo de todo el sistema social. El concepto, que a su vez expresa un sistema de relaciones, hace de la teoría intermedia, una herramienta para la búsqueda de datos empíricos, necesarios en un contexto de desajustes y desencuentros entre las políticas y el quehacer institucional.

La definición y propuesta puede ser ubicada en los actuales debates en las agendas académicas y gubernamentales caracterizados por la reestructuración y resignificación que hoy se suscitan en el campo de la producción cultural donde la gestión cultural y la política cultural actúan como fuerzas. Por ello favorece la comprensión de una relación vital hoy para el sistema institucional de la Cultura y es el necesario correlato entre Gestión cultural, Instituciones culturales y la Política cultural, valorizando los Programas de Desarrollo Cultural como su principal expresión.

La gestión cultural tiene el desafío de implementarse con una responsabilidad hacia lo macrosocial, a partir de lograr involucrar a todos los actores de la sociedad, ante las asimetrías que su lentitud e ineffectividad pueden generar en términos de relación social.

Referencias bibliográficas

Alonso Freyre, J. (2021). Multicondicionalidad de lo social. Material docente. Santa Clara Biblioteca del Centro de Estudios Comunitarios. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.

Basail, A., y Álvarez, D. (comps.). (2004). *Sociología de la Cultura. Lecciones y lecturas*. La Habana: Editorial Félix Varela.

Carrasco Pérez, Maibelín. (2021). *Política Cultural y Programa de Desarrollo Cultural: pautas para la Gestión Cultural. El caso del municipio Placetas*.

[Tesis Presentada en opción al Grado Científico de Doctor en Ciencias Sociológicas. Especialidad: Desarrollo Social Comunitario]. Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Facultad de Ciencias Sociales. Centro de Estudios Comunitarios. Santa Clara. Cuba. 2021.

Bourdieu, P. (1984). *Sociología y Cultura*. París: Editorial Minuit.

Hodgson, G. M. (2011). ¿Qué son las instituciones? Artículo de reflexión. University of Hertfordshire, U. K.

Martínez Heredia, F. (2007, julio 3). Pensamiento social y política de la Revolución. Conferencia magistral en el Instituto Superior de Arte, La Habana, como parte del Ciclo «La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión». Material digital.

Martínez Tena, A., y Expósito García, E. (2011b). *La gestión cultural en las instituciones culturales urbanas*. Santiago de Cuba: Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Oriente.

Martínez Tena, A. y Expósito García, A. (2011c). Las dinámicas culturales en el barrio Los Hoyos. Material digital.

Montenegro Valenzuela, J. (2011). *La utilización didáctica del Museo: hacia una educación integral*. Zaragoza, España: Pressas universitarias de Zaragoza.

Mincult. (2017). Principios y contradicciones de las políticas culturales. [Consultado el 7 de junio, 2019] Recuperado de <http://www.mincult.cu/politicacultural>.

Navarro, D. (2007). La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión. Revista *Criterios*. Material digital.

Prieto Jiménez, Abel. El portal de la cultura. Cultura en Cuba. Para saber más de la cultura cubana <http://www.cubarte.cult.cu/>. 2023

Pogolotti, G. (2016). De políticas culturales ¿qué hacer? En Folleto *De políticas culturales ¿qué hacer? Selección de artículos*. Santa Clara: Centro Provincial de Superación para la Cultura de Villa Clara.

Smith, H. E. (1961, septiembre). El concepto de «institución»: usos y tendencias. Folleto *Reunión anual de la Academia Sociological Association*.

Williams, R. (1994). *Sociología de la Cultura*. Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones Paidós.

Williams, R. (2004). Reproducción. En A. Basail y D. Álvarez (Comps.). *Sociología de la Cultura. Lecciones y Lecturas*. La Habana: Editorial Félix Varela.

Datos de los autores

ISABEL REINA. Autora de *Razones de Cuba*. Periodista del sitio web Razones de Cuba.

MANUEL MARTÍNEZ CASANOVA. Doctor en Medicina Veterinaria, UCLV, 1974. Doctor en Ciencias filosóficas, URSS, 1978. Profesor Titular y Emérito de la UCLV. Presidente de la Comisión Aponte de la Uneac en Villa Clara. Experto del Programa de CTI Sectorial Mincult sobre Identidad Cultural cubana y latinoamericana. Coordinador de varios proyectos y líneas científicas universitarias. Miembro de diversos Consejos científicos asesores de instituciones y direcciones en el territorio y en el país.

FABIO E. FERNÁNDEZ BATISTA. Licenciado en Historia. Doctor en Ciencias Históricas, Universidad de La Habana, 2019. Máster en Estudios Interdisciplinarios en América Latina, el Caribe y Cuba, Universidad de La Habana, 2014. Profesor del Departamento de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana y Vicepresidente primero de la Unión de Historiadores de Cuba. Ha publicado artículos en revistas especializadas en Ciencias Sociales. Coautor del libro *Fidel en la tradición estudiantil universitaria*.

MARLENE VÁZQUEZ PÉREZ. Licenciada en Filología, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, 1987. Doctora en Ciencias Literarias, Universidad de La Habana, 2015. Investigadora Titular en el Centro de Estudios Martianos 2000-2019. Directora del Centro de Estudios Martianos de La Habana. Numerosos artículos suyos han aparecido en diversas revistas especializadas de Cuba y el extranjero. Es miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba.

LUIS TOLEDO SANDE. Escritor, periodista, profesor, investigador y ensayista cubano. Doctor en Ciencias Filológicas. Fue investigador y sucesivamente subdirector y director del Centro de Estudios Martianos, y subdirector de la revista *Casa de las Américas*. Ejerció la diplomacia como consejero cultural de Cuba en España. Entre sus varios libros de distintos géneros se encuentra *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*, editado en español y en otras lenguas, y Premio de la Crítica de Ciencias Sociales. La Distinción Por la Cultura Nacional es uno de los reconocimientos que ha merecido.

YASEL TOLEDO GARNACHE. Periodista, ensayista, narrador y guionista cubano. Director de la revista cultural *El Caimán Barbudo*. Presidente nacional de la Asociación Hermanos Saíz. Es autor del blog MiraJoven (Cuba), guionista del programa televisivo *Paréntesis*, coordinador del espacio de pensamiento y debate

Dialogar, dialogar desde 2019, codirector del programa de radio *En clave*. Es colaborador de los periódicos *Granma*, *Juventud Rebelde* y *La Demajagua*, de revistas como *Dédalo* y *Ventana Sur*, y de múltiples sitios webs, incluidos Cuba-debate, La Jiribilla, Cubarte y Cubahora.

MAURICIO ESCUELA. Periodista, profesor, narrador, ensayista y poeta. Licenciado en Periodismo por la Universidad «Marta Abreu» de Las Villas en el año 2012. Graduado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso de La Habana en 2009. Ha ejercido el periodismo a través de la radio, la televisión y la prensa impresa nacional. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz, con textos publicados en diversas antologías en el interior de Cuba. Profesor de Filosofía de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, especializado en Historia de la Filosofía.

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ. Escritor, ensayista, filósofo cubano. Graduado de Filosofía en la Universidad de Kiev en 1983. Fue director del Centro de Estudios Martianos. Fundó y dirigió la revista de pensamiento *Contracorriente* desde 1995 hasta su desaparición en 2004. Fue Director de la Cinemateca de Cuba en el período correspondiente al 2002- 2007. Desde 2016 es director de la revista Cuba Socialista. Autor de varios libros.

MAIBELÍN CARRASCO PÉREZ. Especialista de Programas Culturales de la Dirección Municipal de Cultura, Placetas, Villa Clara, Cuba. Licenciada en Letras, Máster en Desarrollo Comunitario, Doctora en Ciencias Sociológicas del CEC de la UCLV, especialidad: Desarrollo Social Comunitario. Profesora Principal del Centro Provincial de Superación para la Cultura de Villa Clara. Investigadora Auxiliar. Profesora Auxiliar de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.

DORIS TERESA MADRUGA TORRES. Licenciada en Marxismo Leninismo. Directora del Centro Provincial de Superación para la Cultura en Villa Clara y Profesora Principal. Máster en Educación Avanzada. Diplomada Europea en Administración y Dirección de Empresas. Investigadora Auxiliar. Profesora Auxiliar de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.

HÉCTOR GONZÁLEZ FUENTES. Especialista de Programación de la Dirección Municipal de Cultura, Placetas, Villa Clara, Cuba. Licenciado en Letras, Máster en Desarrollo Comunitario. Profesor Principal del Centro Provincial de Superación para la Cultura de Villa Clara. Investigador Auxiliar. Profesor Auxiliar de la Universidad Central «Martha Abreu» de Las Villas.

LA NACIÓN COMO DESTINO: apuntes teórico-contextuales para enfrentar, sin histeria, la COLONIZACIÓN CULTURAL

